

**Lazarillo
en tiempos
de pandemia**

Año 2020

Estudiantes autores:

ACOSTA, Brenda
AGUIRRE, Marina
ARANDA, Ariana
ARCOS, Lorena
BALDIVIEZO SANDOBAL, Ana
BERNASCONI ACEVEDO, Yamila
BILCHE, Daniela
CÁCERES, María
CASAS, Gisela
DORADO, Luciana
ECHEVERRIA JARA, David
ESPINOSA, Natalí
FIGUEROA, Agustina
FRITZSCH, Alejandra
GONZÁLEZ, Débora
GONZÁLEZ, Gisela
LÓPEZ, Ezequiel
LUNA, Sofía
PASTOR, Analía
PUCHETA, Candela
QUISPE DEL CASTILLO, Gonzalo
ROMERO, Chiara
RUARTE, Alejandra
RUIZ, Franco
RUIZ, Marilí
SOSA, María Elena
SOSA QUIÑONES, Gonzalo
TABERNERO, Melisa
TABERNERO FLORES, Gisel
TABORDA, Romina

Docente:

Lic. Sandra del V. Peralta

Diseño de tapa y contratapa: **SVP**



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).



INSTITUTO DE ENSEÑANZA SUPERIOR
SIMÓN BOLÍVAR

Lazarillo en tiempos de pandemia

Literatura Española

-turno mañana-

Prólogo

Al comenzar el ciclo lectivo 2020 nos sorprendimos con la inesperada reclusión en nuestros hogares producto de la pandemia mundial. Esta contingencia transformó nuestras aulas en espacios virtuales, que mediados por la DISTANCIA y la voluntad acérrima de las y los estudiantes pudimos consolidar lentamente.

Las primeras semanas de aislamiento nos desconcertaron, pero no impidieron que la mayoría pudiera conectarse y darle curso al ciclo escolar. Sin embargo, a medida que transcurrían las semanas el buen ánimo, las expectativas y las ganas iban diluyéndose porque estaban asediadas por dificultades y desconocimiento tecnológico, superposición de tareas, temores, problemas de salud y muchas responsabilidades familiares.

En nuestras aulas virtuales, notamos el desánimo generalizado, porque los miedos iban ganando la batalla contra los sueños personales y profesionales. Ante esta situación, decidimos “poner manos en el asunto” y propusimos una manera de poner en palabras aquello que estaba agobiándolos. Decidimos proponer a las y los estudiantes un **ejercicio de escritura creativa**, luego de conocer a *Lázaro de Tormes*.

Justamente, en los encuentros sincrónicos comentábamos acerca de las adversidades que enfrentó el personaje y cuán similares son a las de muchas niñas y niños de nuestro entorno; cuán difícil era el “día a día” en estos tiempos de pandemia para familias más desfavorecidas económicamente. Por ello, les propusimos que pensarán/sintieran/imaginaran cómo viviría ***Lazarillo en estos tiempos de pandemia***.

La consigna de escritura les sugería tres opciones: remedar el estilo de la novela picaresca, imaginar alguna aventura o desventura del personaje principal o generar un nuevo texto, una reescritura constelada. Incluso, se los invitaba a ilustrar su narración con participación familiar.

El ejercicio fue realizado en el mes de mayo y los escritos dejan entrever, no solo el reconocimiento del género picaresco en sus personajes y aventuras/desventuras. También pudimos leer una fuerte crítica social al retratar la realidad de nuestro héroe y, en otros casos, la mirada esperanzadora que se dibuja en futuros familiares, de amistad y de empatía.

La solidaridad de nuestros *Lazarillos* demuestra que no estamos solos en el mundo y que, aunque estemos aislados, podemos establecer férreos lazos con los demás. El compromiso y la mirada crítica de la realidad circundante que las y los estudiantes asumen en sus escritos ficcionales, permite entrever la responsabilidad que asumirán como profesionales de la educación.

Les compartimos con mucho orgullo este trabajo individual y colectivo, que nos ha permitido encontrar sentido entrelazando realidad, Literatura y vida.

Agradezco la participación, más allá de la actividad áulica, porque me han permitido conocerlos en su intimidad *imaginante*.

Prof. Lic. Sandra del V. Peralta

Yo voy a contar...

Yo voy a contar esta situación que me tocó vivir en tiempos de pandemia, donde lamentablemente no la pasé tan bien como ustedes pueden imaginar. No estuve encerrado en casa como algunos, no tuve la posibilidad de refugiarme en ella y recibir el amor de mi familia.

Mi vida fue dura, ahora ya soy grande, tengo familia y gracias a Dios cuento con un trabajo. Pero bueno, esto que ocurrió en mi adolescencia fue una de las cosas que más marcó una enseñanza para poder poner en práctica ahora, en el futuro se podría decir.

Iba en el auto de mi nuevo amo, sí, era un lazarillo, iba con el estómago vacío, mareado, con náuseas, dirigiéndome a mi nuevo hogar o mejor dicho a mi nueva desventura, a sufrir con alguien más, de seguro peor que el amo anterior, el que me cambió por unos ladrillos y un caño. Pero bueno, para allá iba, con un permiso falso, viendo cómo el chofer esquivaba la mayor cantidad de controles. Y, para mi suerte, tratar de seguir consciente y lo más lúcido posible, no vaya a ser que reciba mi primera lección arriba del auto.

Fue un viaje largo e incómodo, imaginándome todo lo que me podría ocurrir, no tan solo por el virus que andaba dando vueltas, sino por el daño y desgracia que podrían ocurrirme: desde tener que andar desinfectando todo con lavandina, hasta tener que hacer mandados con toda esa gente que no respeta las normas impuestas por el gobierno y los especialistas.

Después de casi dos horas de viaje llegué a la casa de mi nuevo amo, era un lugar lejano de la ciudad, un pueblito muy, pero muy abrigador y distinto a cualquier lugar por donde anduve y viví. También fue distinto el trato de mi amo hacia mí, era un trato amable, sabía que era una persona y cómo debía vivir por más pobre o mediocre que fuera.

Él me trató como uno más de su familia, la que también me trató como uno más de ellos. En cambio, los otros amos me trataban como si no fuera nadie, como alguien que está ahí por estúpido y debía hacer lo que me mandaran. Acá también me mandaban, pero resultó que las tareas que eran mandadas a hacer eran para mi bien, es decir, este nuevo amo, junto su familia -a la que llegué- hacían que personas como yo, pudiéramos escalar en la sociedad, que pudiéramos ser alguien. Nos hacían ver que éramos alguien, que podíamos con lo que nos propusiéramos y sabíamos cuáles eran nuestras oportunidades a través de lo que hacíamos u otros amos anteriores nos habían enseñado.

Resulta que todos mis amos sabían oficios y, como las cosas en este país no venían tan bien y no había mucho trabajo, ellos recurrían a familias numerosas y pedían a sus hijos como esclavos a cambio de que aprendieran el oficio y así obtuvieran comida y techo. Resultó ser que todos, pero todos mis amos eran *avarientos** y solo me explotaban a cambio de dos bollos de pan y una pieza chica con techo de chapa. Gracias a mis dos amos anteriores aprendí albañilería y herrería, a lo que hoy me dedico y puedo vivir gracias a esto.

Como ya había dicho, mi nuevo amo me daba tareas relacionadas con mis habilidades y, a través de ellas, había lecciones, no eran tan directas, había que cazarlas y yo era muy chico.

Mi primera tarea fue la que me abrió los ojos de que este amo buscaba más que su propio beneficio, este me llevó a mi nueva habitación me dio la orden de ver qué había a mi alrededor, apreciarlo y dar las gracias. Yo estaba feliz por lo que estaba sucediendo: el cuarto tenía una radio, una mesita de luz, un sillón pequeño y una cama, cosas que nunca tuve y nunca hubiera imaginado que llegaría a tener. Pero lo que más llamó mi atención fueron las herramientas indispensables para los oficios que sabía, las que estaban al lado de la cama, y

especialmente lo que dijo al último, que todo eso era *mío*, que el día que me fuera todo esto iba a ser el recuerdo de cuando yo decidí cambiar mi vida. Y así fue.

La segunda tarea, aunque esta no tan relacionada a mí fue ir a comprar los suministros para pasar una semana y después al llegar *sanitizar** todo. Luego de eso, mi amo me enseñó a calcular los precios y presupuesto de los trabajos que hiciera en los oficios, lo que me llevó a mi tercera tarea, de la que iba a obtener un beneficio: calcular un presupuesto para arreglar la ventana, la reja, la puerta y el portón del frente de la casa, porque todo estaba descuidado y picado.

Al día siguiente mi amo a pesar de la situación, me dio una increíble lección, me llevó a comprar los materiales diciéndome cuál era mejor, cuál era para cada trabajo y muchas cosas más. Estaba ampliando mi mirada sin darme cuenta. Al llegar a casa bajé los materiales, saqué mis herramientas y me puse a cortar todos los caños picados y a colocar los nuevos, al terminar de hacerlo pinté los mismos con antióxido.

Algo que no había dicho es que tenía 14 años -ya a nada de tener 15- y mi amo, como última lección, me dio el concepto de familia y amor, tal como él lo hacía con la suya y como hoy lo aplico con la mía.

Gracias a sus lecciones y tareas pude comenzar mi nueva vida, despidiéndome de mi amo con quince años recién cumplidos y con una mirada distinta de la sociedad hacia a mí, ya que mi amo me llevó por varios pueblos haciéndome publicidad, porque él era muy conocido por todos.

Ezequiel López

**avarientos: avaros, mezquinos.*

**sanitizar: del inglés sanitize, desinfectar.*

LAZARILLO EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Me llamo Lazarillo de la Cañada. Me han apodado así puesto que mi madre (desvergonzada, que vaya a saber por dónde anda) me tuvo a orillas del río Suquía, un río que solo la muerte lleva, y que pasa por mi ciudad.

Ahora bien, se preguntarán por qué “de la Cañada” y no “Lazarillo del Suquía”. Bien. La Cañada es el encauce de otro río que también se llama La Cañada (que no sé de donde viene, pero sé que existe) y estas aguas pues desembocan allí, en el río Suquía. Tal no es esta la razón de mi sobrenombre, sino que La Cañada es donde vivo. Mi casa. En la calle me conocen como Lazarillo de la Cañada, en la *Tercera* me conocen como “el Laza”, mi madre me llamaba “hijo mío” (más nunca me sentí ni me hizo sentir así) y mis amigos me dicen... esperen, ya lo recordé. No tengo amigos.

Mi padre, policía corrupto por donde los haya, había alardeado toda su vida acerca de sus menciones honoríficas, de sus medallas de colaboración, sus medallas de mérito, sus medallas de honores; más ahora cumple condena por lavado de dinero de drogas y por administrar un millonario negocio de tráfico de mujeres en una de las prisiones más peligrosas de mi país. Fíjate tú por donde, que este don nadie, y durante un buen tiempo (justo el último tiempo antes de que lo apresaran) nos hizo faltar el pan, la leche y la carne en nuestra mesa fingiendo que su trabajo de policía estaba en peligro y que no percibía paga por sus servicios desde hacía meses. Mas el bufón se pavoneaba en autos de lujos con fajos de billetes en sus bolsillos, zapatos y relojes caros. Bien se lo tiene merecido el maldito desgraciado, pues nada me ha enseñado y de él mucho aprendí.

Mi madre ¡pobre infeliz! pensando todo ese tiempo que *papurri* – así solía llamarle- salía por la mañana a buscar trabajo y regresaba por la noche sin haber podido encontrar nada, no pudo soportar la vergüenza al enterarse de los negocios turbios de papá y luego de ser apresado y habiéndose olvidado por completo de que tenía un pobre hijo (yo, el Laza), se lanzó por las noches a buscar nuevas y malas aventuras en brazos de otros, aún más sucios y desagradables que él. Así, noche tras noche hasta olvidarse por completo de mí.

Ya nos habían desalojado tres veces de diferentes habitaciones que a malas penas encontrábamos y que mi madre siempre pagaba haciendo favores varios a los propietarios. Después de estos últimos cuatro días esperando a mamá y ya habiendo perdido toda esperanza de que regresara, sin bocado para probar ni vaso de té para tomar y calentarme el estómago- pues el invierno acechaba- no tuve más opción que salir a buscarme la vida. Así que agarré una mochila rota, metí allí dentro mis mejores ropas, me vestí con las peores y salí rumbo a La Cañada. Una vez allí, entre varios autos abandonados (o eso parecían) que estaban estacionados desde hacía ya mucho tiempo, escondí la mochila, y salí con mis andrajos a caminar.

Había ideado un plan, y era este: una vez localizado mi objetivo, empecé a correr y al pasar al lado de ella, arranqué prácticamente del hombro de la vieja su bolso charolado y salí como un rayo. Crucé los semáforos en verde a toda luz *no fuera cosa que el diablo me alcanzara*, y una vez a cubierto, hurgué en el bolso y para mi euforia, la billetera estaba repleta de billetes de 500 y 200 pesos.

Mi plan no terminaba ahí. Dando una vuelta importante y cambiando de recorrido, llegué nuevamente hasta el auto donde escondía el bolso, allí mismo cambié mis ropas viejas por las mejores, cambié mi peinado y zapatillas, y una vez vaciado por completo el bolso de la vieja y resguardando el botín en la mochila, encaré para donde ella estaba. Eso era un mundo de gente y también policías tomándole la denuncia.

¡Menuda sorpresa de todos al verme! y más aún la vieja ricachona esa con su bolso en mis manos, mi carita de niño bueno y educado, con mis mejores ropas y zapatillas, encarándola para devolvérselo.

–Lo encontré tirado a una cuadra de aquí señora, lo tiró un niño que iba corriendo, creo que es suyo, lo supongo por todo este alboroto que tiene acá montado, doña.

–¡Ay hijo mío! Sí que es mi bolso, pero está completamente vacío. Me temo que ese maldito ladronzuelo lo limpió bien antes de deshacerse de él. Más tu acto de nobleza y honor no tienen precio, hijito mío. Se nota que te han educado y enseñado bien, tienes mucho que agradecerles a tus padres. Y como recompensa por haber encontrado mi bolso, aunque estuviese vacío, toma este anillo de obsequio. La vieja se sacó del dedo un anillo que mis ojos en la vida habían visto jamás cosa que brillara tanto. Lo acepté fingiendo sentir vergüenza, los policías tomaron mis datos (claro que mentí en todo) y me fui. ¡Qué día tan glorioso fue ese para mí!

Al ver tal fortuna que me salió de ese plan, comencé a repetirlo diariamente. Si la fortuna me era buena, al otro día tomaba un descanso y me quedaba en la nueva habitación que había conseguido pagar gracias a los esfuerzos de mi trabajo.

Los fines de semana eran mis mejores días. Un domingo, en pago como recompensa por haber encontrado el maletín de un desapacible ricachón, me llevó en su lujoso auto y me invitó a comer en uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

Maldito dinero que todo lo puede comprar, mas no puede devolverme una vida digna, libre de bajezas y mentiras.

Un buen día, de repente, se decretó una emergencia en todo el país. Decían que un virus o una plaga de China había llegado hasta mi país y que, para evitar contagios y morir, debíamos quedarnos dentro de nuestras casas y protegernos. Otros podrían hacer eso, mas no yo. Yo estoy obligado a salir cada día a buscarme el alimento, pagar mi habitación, y mis ropas buenas que debo ir cambiando. Y, aunque pareciera mentira, este aislamiento (así le llamaban) a mí me benefició un montón, puesto que ahora, si bien la gente en la calle era menos, cada vez que encontraba alguna persona caminando, ¡Dios me libre! era tal apolotonamiento de bolsas que llevaban en cada mano, que parecía que los brazos le iban a explotar.

Eso sí, esta vez a las bolsas no las devolvía, me las llevaba a la habitación. Se preguntarán cómo las transportaba... con el dinero que fui ahorrando de los robos anteriores, compré una bicicleta usada y así, esto me permitía ir cambiando de zona para mis acometidos.

Con el tiempo fui adquiriendo fama, y de la mala. Tanto que en la *Tercera* ya me conocían, y cada vez que caía ahí, les oía decir: “es el hijo del –Pupo- déjalo ir. El pobre infeliz está solo, su padre está adentro, y su madre *vaya a saber por*

dónde. Déjalo ir. Tiene que comer.”

Y así, mis señores, es como me fui haciendo de un (mal) nombre, una habitación donde dormir, carne, pan y un té caliente para tomar y ropas nuevas para salir. Con decirles que con todas las bolsas que he hecho este mes, he comenzado a revender su contenido por dinero. Y no me quejo saben, porque no tendré ni madre que me enseñe, ni padre que me guíe. Pero, al menos, trabajo tengo.

María Asunción Cáceres

Lázaro en tiempos de la cuarentena

Cómo Lázaro se asentó con un comerciante, durante la pandemia, y de las cosas que con él pasó.



Un día, de pronto, las personas ya no podían circular por las calles y debían quedarse en sus casas. Todo ello a causa del Coronavirus.

El chino, dueño de un mercadito de un pueblo del sur de España, me dio trabajo. Mi labor consistía en ingresar la mercadería que llegaba, vigilar que los clientes no se llevaran nada sin pagar, limpiar los estantes y sacar la basura. También era el encargado de que no se vieran las lauchas y cucarachas, hasta parecía que habíamos hecho un pacto: no debían aparecer cuando hubiera clientes. Sin embargo, podían andar a sus anchas durante la noche cuando solo yo quedaba en el mercadito, ya que parte del pago era poder dormir en un catre, atrás del depósito, en la oscuridad absoluta.

Ya no llegaban los camiones con la mercadería y pocos clientes visitaban el lugar. Y la pandemia hizo que mi patrón fuera más miserable y tacaño que antes.

A mis referidas tareas, se agregó una muy importante:

- *“Tu vai tene’ un nueva misió’, mucha mu’ impoltalte’, tu selá encalgado de ievá’ pedido a casa de pelsona’, poque eias no puedei’ sali’.”*- dijo el chino, en no sé qué idioma.

Y agregó que para mi misión iría armado con imprescindibles herramientas: un tapabocas, confeccionado por la hija del chino, una botella llena con una mezcla de veinte litros de agua con dos gotas de vinagre que el dueño repartía en su negocio y un vehículo para movilizarme. Grande fue mi sorpresa, cuando vi el vehículo: una carretilla vieja y destartalada que anunciaba a dos cuadras mi llegada con el ruido que hacía.

Parecía que los clientes se habían puesto de acuerdo para ver cuál vivía más lejos. Hubo

días en que recorrí más de diez kilómetros para llevar un pan de jabón, para el colmo con una carretilla tan chillona y con el sol primaveral abrasador.

Escuché a alguien decir que las crisis sacan al desnudo lo mejor y lo peor de las personas. Mi patrón, a causa de la escasez de ventas se hizo cada vez más desconfiado, me revisaba los bolsillos, medias y hasta los trapos en que dormía para descubrir si me había quedado con algo de su dinero. Porque - “*Lázalo, tus cuentas no me cielan, tu debeí’ tlabaja’ mucho lapido’, y no robalbe, ni un centavo, sino palo*”- decía nervioso el chino, mientras me contenía la risa por esa mezcla de acento con que hablaba.

Además, me dijo que mientras durase la cuarentena me debía conformar con una sola comida al día. ¿Comida? ... ¿Puede llamarse comida a una cucharada de arroz con una rebanada de pan duro? Creo que más generosas eran las lauchas y cucarachas que me acompañaban en las noches y dejaban sus sobras a mi lado.

Aunque me cansaba de *pechar* la carretilla y de andar por cuadras llenas de pozos y piedras, en la calle me sentía feliz. Ese lugar era para mí solo, la gente se veía escondida tras las mirillas de sus puertas y ventanas, temerosas del virus. No voy a decir que no temía contagiarme, pero sólo era un riesgo más ya que, en mi corta vida, siempre viví al límite de enfermarme: por el hambre que pasaba, por las sucias condiciones de mi lecho, por el frío de las noches de invierno y el terrible calor de las siestas estivales. Y siempre acompañado por mosquitos, alacranes, ratas, cucarachas y cualquier otro bicho que transmitiese algo. Pero, en ese momento, la calle era mía.

Cierto día, en uno de mis recorridos, varios muchachones me golpearon y quitaron el dinero que había cobrado, algo de mercadería y el barbijo. Peor paliza fue la que me dio a mi regreso el chino, cuando llegué con la carretilla vacía y sin plata. Me corrió a palos, y si bien pude esquivar varios golpes, algunos que me llegaron, sí que dolieron. Pasé varios días dolorido y tratando en vano de aclarar que no fue mi culpa.

Ya recuperado, tras una hora de recomendaciones y con la amenaza de regresar antes del mediodía, salí con la carretilla repleta a repartir: leche, pan, quesos, fideos, fiambres, pollos, cerdo, papas, huevos, tomates, naranjas, bananas y hasta tres sandías. Y llevaba otro nuevo barbijo, el de la hija del chino que había descartado por no tener ni tiras para sujetarse, prácticamente lo sujetaba con los dientes.

Y ese día hice tranquilamente mi trabajo, nunca antes fui tan agradecido y amable con los clientes, luego guardé los billetes doblados con cuidado en el bolsillo de mi pantalón y las monedas en mi camisa. Regalé la carretilla a unos botelleros que no paraban de agradecerme y pausadamente enfilé hacia un albergue, que una señora me había recomendado.

No robé, creo que cobré en parte algo de lo que trabajé durante los noventa días de la cuarentena.

David Echeverría Jara

Cómo Lázaro se asentó con don Leonardo y de las cosas que con él pasó

Luego de correr por unos largos minutos, Lázaro disminuyó la velocidad. Él estaba huyendo de la policía de la frontera entre Córdoba y Santa Fe ya que, al verlo solo, sin barbijo y fuera de casa rompiendo la cuarentena: intentaron detenerlo. Pero él logró huir.

Después de caminar un rato llegó a una zona de campos, por lo que casi no había personas, esto preocupaba a Lázaro ya que estaba bastante frío, era tarde y quería conseguir un lugar para resguardarse antes del anochecer. Caminó, caminó y caminó hasta que le pareció escuchar algo a lo lejos, entonces apresuró el paso.

-Tengo que conseguir sí o sí alguien que cubra el puesto de Marcos- decía un hombre alto y canoso al teléfono -No, no puedo esperar. ¡Tiene que ser ya!

¿Acaso Dios escuchó mis plegarias? -pensaba Lázaro para sus adentros.

- Mirá, si me vas a estar dando vueltas mejor corto, ya me voy a conseguir a alguien yo mismo -dijo el hombre completamente irritado y colgó el teléfono. - ¡Al final siempre tengo que solucionar todo yo! – añadió aún más irritado.

- Mmm... ¿señor? - dijo Lázaro tímidamente.

- Ahora no hijo, no tengo limosna ni comida -dijo el hombre entre suspiros.

- ¡Nada de eso! -respondió Lázaro -Yo puedo trabajar para usted.

- ¡Ja! ¿Con ese tamaño? - respondió riendo el hombre -No estoy para bromas niño, ya me hicieron perder el tiempo lo suficiente -dijo molesto-. Andá a casa y de paso decile a tu madre que te enseñe que escuchar conversaciones ajenas es de mala educación. Además... ¡vos deberías estar en casa cumpliendo con la cuarentena! -lo regañó.

- En serio, puedo. Soy pequeño, pero muy hábil. He tenido muchos jefes y he realizado muchas labores diferentes -respondió.

- Mirá, estoy desesperado y con este panorama producto de este maldito virus, dudo conseguir a alguien rápido. Te pondré a prueba por unos días, pero al primer error ¡Chau!

- Entendido -respondió Lázaro muy feliz.

- Por cierto, ¿cómo te llamas?

- Lázaro.

- Bueno, Lázaro. Seguime.

El hombre lo invitó a pasar a una humilde casita que había en el fondo del gran terreno. Antes de entrar Lázaro limpió sus zapatillas –las que estaban bastante desgastadas- con lavandina que el hombre le dio.

- Bueno... acá vas a dormir. Hoy no vas a trabajar porque ya es tarde y me tengo que ir, pero mañana al alba te quiero despierto para escuchar mis indicaciones. No salgas de acá, con todo lo que está pasando es muy peligroso, a la comida la traigo yo y ponete esto- dijo el hombre mientras le entregaba un barbijo.

- Gracias señor -dijo Lázaro tímidamente.

- Decime Leonardo -respondió-. Otra cosa, en la alacena hay un poco de pan y para que te hagas un mate cocido-dijo señalando un mueble viejo-. Bueno, me voy. Nos vemos mañana.

- Adiós señor. Digo... Leonardo.

Luego de que su nuevo amo se fuera, Lázaro se preparó un mate cocido, se hizo unas tostadas, se metió a la cama y prendió el viejo televisor que había, pero solo tenía tres canales y todos hablaban sobre el Coronavirus: cifras de víctimas y sus efectos en la economía, por lo que lo apagó. En la oscuridad se quedó mirando fijamente el techo, ¿acaso había encontrado por fin un buen amo? Él creía que sí, pero el tiempo dirá...

Lázaro se despertó con el cantar desafinado de un gallo, se hizo un mate cocido y esperó a Leonardo.

- ¡Estoy cansado de todos estos controles policiales! -dijo Leonardo muy molesto sin saludar mientras se ponía alcohol en las manos-. Bueno, manos a la obra muchacho que ya es tarde.

- ¡Estoy listo!

- Bueno Lázaro, hora de mostrarme todo lo que sabes -dijo Leonardo- Lo primero que vas a hacer es sacar todos los yuyos como este- añadió mientras arrancaba un yuyo de la tierra.

- Puedo hacerlo- dijo Lázaro con entusiasmo.

- Cualquier cosa avísame, yo me quedaré aquí esperando a unos proveedores.

Lázaro comenzó a hacer lo que le dijo su jefe, parecía un trabajo sencillo, pero al cabo de tres horas ya su espalda y rodillas, le dolían y el frío se había convertido en un calor insoportable. Lázaro siguió un rato más y decidió ir a buscar agua. Mientras iba camino a la casita escuchó unas voces.

Deben ser los proveedores –pensó y se acercó lentamente para escuchar la charla.

- Sí, el niño apareció ayer- decía Leonardo bastante preocupado- no quería que se escapara así que acepté su ofrecimiento de trabajar para mí, me da mucha pena ya que se lo ve muy descuidado y cansado.

- Hizo bien señor- dijo una mujer cuya cara casi no se veía por el barbijo- Ahora nos encargaremos los de Servicios Sociales, es peligroso que un niño ande solo y más en esta pandemia- agregó.

¡Nada de Servicios Sociales! - exclamó Lázaro para sus adentros.

Comenzó a correr sin rumbo, pero con un claro objetivo: alejarse de ese lugar. Al cabo de un rato, cuando sintió que estaba lo suficientemente lejos calmó su paso.

- ¿Acaso nunca conseguiré un buen amo? - dijo decepcionado sin que nadie lo escuchara.

Y siguió su camino tratando de imaginar cómo continuaría su historia.

Gisela González

DIARIO DE LÁZARO EN ÉPOCA DE PANDEMIA

Quién hubiera pensado que Lázaro trabajaría como repartidor en una farmacia, en medio de una pandemia, viviendo toda clase de situaciones junto a su jefe.

Día tras día, noche tras noche, se podía ver cómo la gente dejaba de circular por las calles para solo quedarse en casa, donde estarían a salvo. Todo por culpa del coronavirus.

Roberto, un viejo de sesenta años, dueño de una antigua farmacia que está ubicada al norte de España, me dio trabajo, como si al viejo no le importara mi salud... Pero qué se puede hacer, tengo que trabajar para ganarme algo en la vida. Mi labor principal consiste en ir gritando y promocionando los nuevos productos que nos llegaban a la farmacia, vigilar que los clientes no se lleven nada sin pagar, limpiar los estantes, sacar la basura y verificar que no falte nada en la tienda.

Esa era toda mi vida hasta la noche, el único momento en que podía descansar y comer algo. Como no tengo un hogar, Roberto me dejaba dormir en el depósito de la tienda, un depósito muy oscuro y que huele como si un animal hubiera muerto.

Los días fueron pasando, y cada vez más, la mercadería como los clientes dejaban de pasar, esto provocó que Roberto se volviera más tacaño y gruñón que antes.

Entre mis referidas tareas, Roberto me agregó una muy importante: me dijo que a partir de ese momento sería el encargado de ir, de casa en casa, vendiendo los productos que nos llegaban. Para esta misión me armó con todos los productos que la gente necesitaría: tapabocas, medicamentos de cualquier clase, alcohol en gel y una canasta muy grande para llevar los productos y poder movilizarme. Odié que me agregaran más trabajo, pero qué opción tenía.

Así fue como comenzó mi nuevo trabajo, cada día la gente llamaba y pedía los productos que había en la farmacia. Yo, con un solo canasto de madera, caminaba por las calles que alguna vez estaban llenas de gente y ahora están vacías como si fuera el fin del mundo.

Pasaron los meses y las cosas comenzaban a empeorar en el mundo, muchos contagiados, más muertos y una solidaridad que se fue perdiendo a través de los meses.

A veces podía oír gente en las calles, hablando de cómo las personas dejaban de tener confianza en los demás y se preocupaban por sí mismos. De hecho, eso no me importaba, me preocupaba nada más que seguir trabajando y -tal vez- no enfermarme, porque si me daba una pequeña gripe, el señor Roberto me echaría de la farmacia. Y si pasara eso, sería mi final y a nadie le importaría.

El señor Roberto, cada vez que llegaba con todo el canasto vacío y lleno de dinero, siempre me revisaba los bolsillos y los zapatos para ver que no me hubiera robado nada de la plata.

Me dijo un día que iba a reducir la comida para poder mantener la economía de la tienda, por lo que solo me daría un pan o, a veces, algo de arroz. Pero ¡qué mentiroso!, solo lo dijo para poder mantenerse él mismo nomás. Estuve a punto de

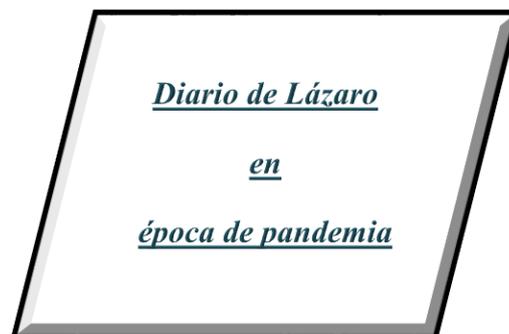
gritarle y sacar toda mi furia, pero no pude hacerlo, así que solo me contuve y me fui a entregar los productos.

Mientras hacía mi labor, vi un cuadernillo pequeño en la calle, ¿qué extraño? Parecía nuevo, ¿qué estúpido tiraría un cuadernillo que apenas fue comprado? –pensé- Como sea me lo llevaré, así no me aburriré en las noches y tal vez podré escribir algo.

Y aquí estoy, hablándote, mientras voy de casa en casa entregando los productos que piden a la farmacia, siempre teniendo cuidado de que no me roben o peor, de que no me maten por ellas.

Aquella fue la primera vez que te conocí, mi querido diario, desde ese momento escribí todo lo que pasaba allá afuera. Incluso escribía mis propios sueños: deseaba irme de aquí y tener millones de aventuras en el mundo o cualquier cosa que un niño de diez años pudiera imaginar. Pero estoy atrapado aquí, en medio de una pandemia que seguro nadie vio venir... y apenas estamos a mitad de año, así que, si ocurre algo, lo sabrás en este diario.

Es por eso que lo escribo: por si alguna vez me pasa algo y puedan conocer todo lo que tuve que vivir para sobrevivir...



Gonzalo Quispe del Castillo



Lázaro en época de pandemia

En mi barrio podemos ver muchos lazarillos y esta es una de esas historias

Lázaro era un chico de 14 años que vivía en uno de los barrios bajos de la ciudad de Córdoba capital. Él vivía con su madre llamada Elvira, madre también de Elías de 10 años e Ismael de 3 años hermanos de Lázaro. Su marido había sido apresado hacía un año por robar y golpearla. Después de eso, fue Lázaro quien debió salir a trabajar y ayudar a su mamá para que él y sus hermanos tuvieran un plato de comida. Así fue como comenzó su historia.

Su primer trabajo lo consiguió gracias a una amiga de su mamá, que lo ayudaba un poco y le recomendó que hablara con Don José. Este hombre contrataba chicos para que repartieran folletos por los barrios vecinos. Lázaro de inmediato fue a la casa del hombre, esperó tres horas sentado en la puerta de su casa hasta que apareció y le dijo:

-Hola, Don José venía a ver si no necesitaba chicos para repartir folletos.

El viejo lo miró de arriba abajo, y dijo: - ¿vos de dónde sos, nene?

Lázaro respondió: -Soy hijo de Elvira, vivo a unas cuadras de aquí.

- ¿Te gusta caminar?

El respondió: -Sí, sí, no tengo problema.

-Bueno, vení mañana a las 7, a esa hora llegan los chicos.

- ¿Y cuánto me estaría pagando? -pregunto Lázaro.

-Yo les doy un bolsón de verduras todos los fines de semana ¿qué te parece? ¿Te sirve?

-¡Sí, sí! ¡Mañana estoy acá, bien temprano!

- Jaja, ya veremos –dijo don José.

Al otro día, Lázaro comenzó su trabajo muy feliz. Cada fin de semana, él recibía su bolsón de verduras. Había días en que llegaba muy cansado, se daba cuenta de que era muy poco y que debía conseguir algo mejor.

Trabajó dos meses más sin parar hasta que un día dejó de ir para conseguir algo mejor.

Una tarde se encontró con Tomás, uno de sus amigos que andaba en malos pasos y le ofreció ir hacer un “trabajo” por la noche.

Le dijo: -Haciendo esto no te vas a tener que preocupar por nada más y le vas a poder dar todo lo que quieras a tu familia.

Lázaro sabía muy bien que esas cosas no llevaban por buen camino a nadie, ya había visto lo que le había pasado a su papá y no quería pasar por eso, ni ver a su madre sufriendo de nuevo.

Fue ahí cuando recordó a Pedro, el papá de su amigo, este hombre hacía poco había abierto una rotisería y necesitaba un *delivery*. Lázaro lo contactó y Pedro aceptó que él fuera su *delivery*, Pero como no tenía movilidad, el hombre le dijo que él le prestaría su bicicleta para que pudiera hacer los mandados. Entonces Lázaro aceptó.

Pocos días después, apareció una extraña enfermedad llamada coronavirus, proveniente de China, que alertó mucho a los habitantes, ya que todos corrían el riesgo de contagiarse. Fue, en ese momento, cuando el presidente dictó una cuarentena y distanciamiento social para que no hubiera contagios. La población debía quedarse en su casa y solo salir para hacer las compras necesarias, todos los negocios, escuelas y lugares donde se juntaba la gente se cerraron a causa de esto.

Lázaro había perdido la oportunidad de ser *delivery*, ya que Pedro fue obligado a cerrar su local. Esto dejó nuevamente a Lázaro sin oportunidad de encontrar un mejor trabajo. Pocos días después, conoció a una señora que, hacía barbijos en su casa, habló con ella para ver si los podía salir a vender. La mujer se puso muy contenta de que alguien la ayudara y aceptó. Le dijo que ganaría un 30% de lo que se vendiera.

Durante las primeras semanas se vendía muy bien, hasta que llegó un momento que todos vendían barbijos y el negocio, poco a poco, fue decayendo. La mujer paró la producción y Lázaro una vez más, quedó sin trabajo.

Fue un mes muy difícil para su familia no había mucho dinero, su mamá cocinaba una sola vez al día para no gastar lo poco que tenían. Algunos días, Lázaro junto a sus hermanos iban al comedor comunitario para poder comer algo.

Un día, iba Lázaro muy triste a buscar un poco de pan al kiosco cuando se cruzó con Juan. El carnicero lo vio y le dijo:

- ¡¡¡Hola pibe ¿cómo estás? Hace mucho no te veo por acá

-Hola Juan – dijo Lázaro- Sí, hace mucho no vengo. Es que no tenemos dinero para venir a comprar y no encuentro un buen trabajo para poder ayudar a mi mamá.

- ¡Ah, no sabía pibe! ¡Qué mocoso! -dijo Juan –Mirá, yo necesito alguien que me ayude a limpiar el local, ya estoy viejo y no puedo limpiar como antes ¿Qué te parece si venís por las tardes a limpiar? Me sería de mucha ayuda y te podría pagar \$100 la hora.

- ¡Oh! ¿en serio? – dijo Lázaro – ¡ME ENCANTARÍA! ¿Cuándo empiezo?

-Vení esta tarde y empezá.

Lázaro se fue a su casa muy emocionado porque al fin iba a tener su pequeño sueldo e iba poder ayudar un poco mejor a su familia. Trabajó cada tarde del mes de mayo sin parar y comenzó a ahorrar un poco para abrir su propia verdulería en el local de Juan. Ellos habían estado conversando que sería un buen negocio y ayudaría mucho a Lázaro.

Los días pasaban y comenzaron aparecer más casos de esa horrible enfermedad y Lázaro corría mucho riesgo de contagiarse, ya que estaba en constante contacto con la gente que iba a la carnicería. Juan se dio cuenta del peligro que corrían y comenzó a tomar las medidas necesarias para estar bien protegidos.

Para el mes de junio, Lázaro estaba listo para abrir su verdulería, él estaba muy emocionado así que una tarde hizo los pedidos para que le trajeran todo lo necesario para ya poder abrir su negocio y los pedidos llegaron sin tardanza.

Un día lunes del mes de junio Lázaro abrió por primera vez su verdulería, su primera clienta llegó sin tardar. Ella se llamaba Sofía era una chica que vivía a unas cuadras del local, empezó a venir cada día a hacer las compras y, poco a poco, se hizo muy amiga de Lázaro.

Todo comenzó a marchar muy bien para la familia de Lázaro, gracias a su negocio y todos los clientes que tenía. Su familia pudo salir adelante a pesar de los duros *momentos* que habían vivido.

Gisel Tabernero Flores

Cómo Lázaro se asentó con una viejita y su gata, y lo que con ellas pasó

Luego de tantas desventuras, allá iba caminando el pobre Lázaro, cabizbajo, pateando una piedrita invisible, pensando y balbuceando en voz bajísima:

- ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Pa' dónde arranco? ¡Si la policía me ve sin barbijo me lleva al tacho, seguro!

Justo en ese momento, vi un grupo de changuitos, todos con barbijos y guantes, me acerqué por curiosidad, me dieron barbijo y una chocolatada caliente. Mientras me aconsejaban sobre la pandemia, yo les pedía más chocolate caliente, ¡qué cosa más rica esa!

Todo empezó ese quince de abril cuando, huyendo de una penosa y desafortunada situación traumatizante, el viejo joyero, Gregorio quien me adoptó como nieto y empleado de su joyería, terminó sacándome a las patadas porque le rompí, sin querer, su más amada lámpara. Yo para justificarme le dije:

- ¡Es sólo una lámpara don Gregorio!

Estas palabras hicieron enfurecer al viejo, quien se desquitó con mis huesudas posaderas, arremetió con un movimiento brusco: una patada voladora, expulsándome hacia la puerta de entrada. No exagero si digo que rompí el vidrio con mi marote y al viejo no le quedó otra opción que llevarme al hospital y abandonarme ahí, por supuesto. Me pusieron calmantes, suero, me cosieron la frente y hasta detrás de las orejas. La enfermera (o astronauta) dijo que me tenía que quedar un par de días. Me alimentaban como príncipe, pero también, tenía que bañarme y desinfectar mis manos, todo el tiempo.

Del otro lado del pasillo, al fondo, allá donde están las puertas blancas, había una viejita, Elvira, que en su soledad llamaba a Susi. Yo creía que buscaba a su hija, pero era a su astuta gata, esa que molestaba por las noches maullando en los pasillos como si quisiera decir algo.

Los médicos y enfermeras, los astronautas, no podían capturar a Susi, ella se las arreglaba para escapar y esconderse.

La enfermera "astronauta" me dijo que en ese lugar están las personas que padecen covid-19. Allí estaba Elvira con Susi, su gata.

La anciana, ya estaba mejorando. Yo la visitaba y hablábamos a través del cristal, nos hicimos grandes amigos, le conté mis historias, mis desventuras y ella se reía a carcajadas, hasta quedaba sin aire de tanto reír.

Tampoco era tan gracioso, le contaba mi desgracia, pero no podía enojarme con tan adorable viejita. Los médicos astronautas, decían que yo era su mejor medicación.

Un día, me dieron el alta médica, me puse el barbijo, agarré mi mochila y antes de partir fui a visitar a Elvira, no estaba ya. ¿Qué pasó con mi amiga, doctor? Grité en el pasillo.

Una enfermera me dijo que se había ido. ¿Pa' dónde?- pregunté.



Ella estaba mejor, hasta tenía sus mejillas rojas de tanto reír. Mientras caminaba hacia la puerta pensando en Elvira y Susi, se me caían las lágrimas. Y yo no lloro con facilidad, pero esa tarde mi corazón estaba muy triste.

Cuando abrí la puerta del hospital, di un paso hacia la vereda y vi un auto amarillo estacionado, adentro, una viejita de mejillas rojas con una gata en sus brazos.

-¡Elviraaaa! -grité.

Me estaban esperando. Me invitó a su casa a merendar.

Desde entonces, me llama nieto y yo “abue”. Me adoptó ¡con papeles y todo! Soy feliz con esta viejita y su gata. Nos la pasamos contándonos historias y tomando té con galletas.

Eso sí, cumpliendo la cuarentena los tres, aunque Susi a veces se escapa y maúlla en el techo como si quisiera decirnos algo, tal vez vio algún ratón o esté cantando una triste canción.

Romina Taborda

Lazarillo 2020

Comenzaré a contarles la historia de un adolescente que atravesó un sinfín de obstáculos, pero que, a pesar de todo, supo salir adelante y superar adversidades.

Este muchacho vivía en un barrio marginal llamado Villa Campo de la Rivera, en una humilde vivienda. Su familia estaba conformada por su madre, cuatro hermanos y su padrastro. Su madre trabajaba de empleada doméstica y su padrastro de albañil. La relación de este adolescente con el hombre no era buena desde un comienzo. Él era el hijo mayor de la mujer.

Cuando comenzó la pandemia, la situación económica empeoró, las cosas se pusieron difíciles, su madre se quedó sin trabajo, a causa de la restricción para salir de sus casas, excepto para proveerse de alimentos. El padrastro a duras penas, logra hacer sus últimos trabajos y el maltrato debido a la situación comenzó a empeorar. Pone de excusa la falta de dinero para cubrir gastos y alimentar tantas bocas. El adolescente, cansado del maltrato, escapa de su casa.

El muchachito comienza a juntar cartones para comer, durmiendo en plazas, donde conoce a vagabundos que viven en ellas. Ellos lo llevaban a los comedores solidarios de la zona, donde les dan un plato de comida caliente. En las noches frías se alojaba en albergues para personas en situación de calle.

Alejado de su casa, sigue recolectando cartones, pero lamentablemente la retribución por esto, solo le alcanzaba para alimentarse. Luego conoce a un hombre, quien le propone enseñarle el oficio de albañil, aprovechándose de su necesidad y falta de experiencia y pagándole una miseria.

El muchacho seguía durmiendo en los albergues, donde en ocasiones se les proporcionaba un plato de comida. Pero, su golpe de suerte, estaba a punto de llegar. Un buen hombre que tenía una verdulería, quien lo veía trabajar y en la situación en que estaba, se apiadó de él y le propuso *si quería ayudarlo en su verdulería*. El joven aceptó enseguida.

Ese señor tenía en la parte posterior de su local, un espacio donde le acomodó una cama y había un baño, le proporcionó un calentador para que pudiese cocinar y calentar agua. Muy cómodo y agradecido trabajaba arduamente, al fin había encontrado un empleo dignamente remunerado. Gracias a su trabajo pudo alquilar una pequeña casita, modesta y cómoda.

Una jovencita que todos los días iba a comprar llamó su atención y, poco a poco, comenzaron a hablarse, él estaba muy interesado en conocerla más. Le preguntó si le gustaba el helado y le envió a su casa. La acompañó en reiteradas ocasiones, ayudándole a llevar las verduras y frutas que compraba. De a poco fue dándose una hermosa y sana relación entre ambos. La jovencita le presentó a sus padres a aquel muchacho del que les había hablado, quienes lo recibieron con los brazos abiertos, haciéndolo sentir muy cómodo y aceptado.

Convencidos de sus sentimientos, ambos decidieron casarse, e irse a vivir juntos a la pequeña casita del muchacho. Los dos eran felices, se apoyaban mutuamente en todo. Su patrón le propuso dejarlo a cargo de la verdulería, ya que había puesto en marcha otras dos más, en otros barrios. Al no poder estar en todas al mismo tiempo, confiaba en que el muchacho cuidaría de su negocio honestamente. Sabía que él era una buena persona. Obviamente el muchacho valoró este gran gesto de confianza, demostrando su gratitud trabajó arduamente y agradecido por todo lo que había hecho por él.

A partir de ese momento, su vida estaba completa, tenía su propia familia, un buen empleo, su casa y sobre todo se sentía feliz.

Lorena Arcos

Lazarillo en tiempos de pandemia

Lázaro miró sus pies descalzos en el frío piso, mientras escuchaba a su madre hablar - preocupada de las noticias- con su padrastro. Un virus había llegado, llamado Covid-19, estaba cambiando todo lo que ellos conocían y el gobierno había puesto a todo el mundo en cuarentena. Las personas ya no se hablaban en las calles, todos usaban barbijo, los negocios no abrían y todo era mucho más frío y distante.

Él tenía apenas 12 años de edad cuando llegó la pandemia, su madre se quedó sin trabajo, ya que era una empleada doméstica (cuya actividad había quedado suspendida por la cuarentena) y su padrastro, que apenas ayudaba en la casa antes del virus, mucho menos ayudaría ahora. Así que, cansado de ver a su familia mal porque ni la comida ni el dinero les alcanzaba, Lázaro decidió salir a ganarse el pan de cada día.

En la mañana, Lázaro comenzó a buscar algún trabajo, pero luego de caminar algunas cuadras empezó a darse cuenta que no sería tan sencillo, puesto que no había comercios abiertos o que quisieran darle algún trabajo. Las personas al escuchar su relato le explicaban que no querían tener problemas y dado que era solo un niño le decían que él no podía trabajar, que eso no estaba permitido.

Justo cuando estaba por rendirse se encontró con un carrero del barrio, que estaba junto a jóvenes cortando el pasto a una casa. Decidido, Lázaro se acercó a pedirle trabajo explicando la situación de su familia que se encontraba desempleada. El hombre accedió a pagarle si él juntaba todo el pasto que ellos cortasen y lo cargaba en el carro.

Con el paso de las horas, el hombre mandó a Lázaro a comprarle una bebida y algunos sándwiches, cuando le entregó lo que había comprado, el carrero se sentó junto a los jóvenes a comer y beber y le dijo a Lázaro que siguiera cortando el pasto y juntándolo en bolsas y le pagaría el doble. El niño emocionado siguió trabajando. Cortaba el pasto solito, lo metía en las bolsas y lo subía en el carro, pero al terminar y recibir su paga se dio con que le pagaron menos de lo acordado en un comienzo.

Aunque protestó y se quejó, tuvo que volver a casa con lo poco que le habían pagado. Asimismo, dado que era el único trabajo que había conseguido, a pesar de ser muy agotador y con una paga injusta, Lázaro tuvo que seguir con el carrero cortando el pasto todos los días.

Con el paso del tiempo, el gobierno fue disminuyendo las normas de la cuarentena, haciendo que las personas poco a poco pudieran volver a sus vidas de antes, los comercios volvían a abrir y las salidas permitidas empezaron a ser más. Así, el carrero empezó a conseguir más trabajos diferentes (como podar árboles, trasladar desechos de las casas, etc.) y, por ende, ganar más dinero, pagando un poco más al pequeño Lázaro.

Finalmente, luego de 90 días de cuarentena, la madre de Lázaro pudo volver al trabajo casi con normalidad. Y él pudo dejar el trabajo con el carrero, aunque ya le había tomado cariño le regaló algo de dinero extra por todo el tiempo que había trabajado a su lado ayudándolo.

Yamila Bernasconi Acevedo

Lazarillo en pandemia

Era el año dos mil veinte, todo transcurría con normalidad, en el pueblo donde vivía Lázaro con su madre y su pequeño hermanito Tomás.

Todo marchaba bien, hasta que se enteraron a través de las noticias, que se había detectado un caso positivo de covid-19, un virus mortal que estaba cobrándose miles de vidas en todo el mundo.

La mamá de Lázaro, una mujer humilde que se ganaba la vida vendiendo artesanías en el pueblo, debió dejar de trabajar, ya que ella pertenecía al grupo de riesgo; sumado a eso, las autoridades decretaron una cuarentena, impidiendo así que se llevarán a cabo la mayoría de las actividades. Incluso, se suspendieron las clases, por lo que el niño se encontraba en su casa junto a los suyos.

Todo esto preocupó e incentivó al pequeño Lázaro, de apenas 12 años, a encontrar la manera de ganarse el pan de cada día, ya que su madre no podía hacerlo y su padrastro no aportaba nada para su hogar. Es por eso, que el niño pensó en hacer los mandados a sus vecinos mayores, quienes le daban alguna que otra propina por hacerlo.

Se decía, que había bajas probabilidades de que los niños se contagiaran de este nuevo virus, lo cual hizo reflexionar mucho al pequeño.

Para tener más ganancias en ese duro momento de pandemia, Lázaro tuvo una gran idea, y junto a su madre comenzaron a producir barbijos, para que el pequeño vendiera en las calles, ya que los mismos eran bastante caros y estaban en falta.

El pequeño Lázaro demostró ser un buen hijo, y sin darse cuenta comenzó su propio negocio, no solo vendía los barbijos, también sumó varios artículos más, como alcohol en gel para revender.

Así pasaron algunos meses, pero él siguió sin bajar los brazos.

Lázaro logró recaudar el dinero necesario para poder ayudar a su familia y proteger a su madre.

Este difícil momento dejó aprendizajes para Lázaro, él aprendió a valorar lo poco que tenía y nunca perdió la fe de que todo estaría bien y superarían la temida pandemia con salud y con unión.

Daniela Dangelo

El Lázaro en época de pandemia



Un día, cuando Lázaro estaba deambulando por ahí pidiendo limosnas o algún trozo de pan para poder alimentarse, se percató que, de repente, la ciudad estaba demasiado tranquila y sin ningún vehículo que anduviese por allí, lo cual le pareció muy raro. Pero tampoco le dio mucha importancia.

Al tocar la puerta de una de las casas de la ciudad para pedir, una señora regordeta le abrió la puerta de la casa:

-Niño ¿qué hace usted aquí por estos lares? ¿Acaso no sabe que hemos entrado en cuarentena por la pandemia que ha llegado? - le preguntó la señora.

-No señora, no sabía nada de lo que ocurre, ya que no tengo cómo ver las noticias, si se puede fijar no tengo a donde ir ni cómo resguardarme- le contestó Lázaro mirándola confundido y sin saber noticia alguna.

La señora al ver su aspecto muy descuidado, verlo solo y hambriento le invitó a pasar a su casa, sin antes rociarle alcohol en el cuerpo y hacer que se lavase las manos, para luego también ponerle alcohol. Lázaro que había aceptado entrar, cuando la señora hacía tales acciones de cuidado la miraba con extrañeza sin entender nada de lo que sucedía.

-Pero, señora ¿qué sucede? - le preguntó Lázaro.

-Estamos en cuarentena por un virus que apareció en China y se ha esparcido por todos los países, se llama coronavirus, es como una gripe, pero aun más potente. Puede hasta matarte y le ha sucedido a varias personas ya- le contestó la señora.

-Gracias por ayudarme, en serio, gracias señora. Mi nombre es Lázaro de Tormes y estoy a su servicio- contesta Lázaro.

-No hay de qué. Ven, siéntate, estos son mis hijos: Milagros de 8 años, Fabio de 6 años y mi nombre es Ana- le comenta la señora.

Lázaro muy sorprendido por la buena voluntad de la señora y agradecido por haberlo hospedado en su casa le preguntó:

-¿Qué puedo hacer por usted, señora Ana, ya que me ha ayudado?

-Te he dejado quedar en mi casa, ya que necesito ayuda con mis hijos y también para hacer deberes y mandados, como puedes ver solo somos nosotros tres- respondió Ana.

Luego de hospedar a Lázaro en una habitación, le dio algo de ropa para que se fuese a bañar y luego se cambiase. Lázaro estaba muy contento y pensaba que al fin la suerte estaba de su lado, ya que no había tenido amos tan gentiles anteriormente y estaba vez creía haber tenido suerte en este lugar.

Pasó meses con la familia, ayudó con los mandados y le divertía salir, ya que se sentía atrapado dentro de la casa. Pero más le gustaba cómo lo vestía la señora Ana para salir, para él era muy exagerada su vestimenta: con barbijo, anteojos de seguridad, guantes y un traje especial que no sabía muy bien cómo se llamaba, pero era blanco, como si fuera un pijama. Le daba mucha gracia la situación.

Eso de salir era lo que más le gustaba, porque veía a las personas cómo se protegían en algunos casos. También veía que había otras personas que no tenían miedo de este dichoso virus y estaban sin protección. A Lázaro, eso, le sorprendía bastante y trataba de alejarse con miedo.

A la hora de ayudar en casa no tenía problema alguno de hacer camas o limpiar algún otro sitio por la señora Ana. Pero lo peor eran sus hijos, esos dos pequeños eran unos diablillos aun peor que el mismo Lázaro. Siempre buscaban formas de meter en problemas a Lázaro, volviendo a ensuciar los lugares ya limpios.

Un día, Lázaro debía ayudarlos con sus tareas o al menos vigilar que las hicieran porque los niños no querían hacer sus deberes del colegio, siempre lloraban o rompían cosas para no hacerlas y lograr que su madre les diera algún dulce y que regañaran a Lázaro. Pero ese día él estaba a cargo de los niños con solo 13 años, estaba allí vigilando que hicieran sus tareas para que la señora Ana pudiese salir y hacer las compras esta vez ella. En un momento ve que Milagros le estaba hablando a Fabio por lo bajo, él no logra escuchar qué sucedía. Entonces, Fabio comienza a llorar a gritos y la niña a carcajadas a su lado, cuando Lázaro se acerca al niño para ver qué le sucedía, la niña aprovechó para abrir la puerta trasera y dejar que entre el perro a la casa (que por cierto era un perro grande). Cuando el perro entró hizo desastres: rompió jarrones, mordió las mochilas y los cuadernos con tareas de los niños, los deberes en el piso, lleno de barro. Lázaro estaba desesperado tratando de agarrar al perro que ladraba y rompía todo, mientras Fabio lloraba en el piso por un empujón del perro. Justo en ese momento del peor desastre entra a la casa la señora Ana dando gritos de desesperación, enojo y decepción, regañando al pobre Lázaro por no haber podido un segundo cuidar a sus niños, sin dejar que Lázaro diera su explicación o le dijese cómo sucedieron las cosas.

Esa noche Lázaro se ganó un buen regaño e irse a dormir a la habitación sin la merienda y luego sin su cena. Con hambre, pero no tanto como lo supo pasar veces anteriores, planeó su venganza contra ellos.

A la mañana siguiente, se levantó más temprano que toda la familia, su plan era bastante ingenioso: Ana compartía habitación con sus niños y allí fue donde Lázaro comenzó su plan. Colocó aceite en todo el piso, enganchó un hilo de lana al ventilador de techo, en cuyas paletas le había colocado arena para que al caerse la señora Ana al piso, él desde la ventana de afuera tirase del hilo y cayera toda la arena sobre ella y sus hijos.

Cuando logró su cometido, rió desde la ventana al ver a la señora en el piso enfurecida y a los niños llorar. Entonces, Lázaro huyó de ese lugar riendo a carcajadas. Ya no dejaría que nadie lo tratase mal.

Tal vez Lázaro encuentre una mejor familia, la próxima vez...

Melisa Tabernero

Lazarillo en tiempos de pandemia

Lázaro es un niño, a quien podríamos llamar desafortunado, junto a su madre pasan por situaciones realmente difíciles, como el abandono de su padre y la mala situación económica en que viven.

Lázaro y su madre se ganan la vida en diferentes actividades bastante inestables, pero algo ganaban. Un día, se comenzó a hablar en el pueblo de un "nuevo virus" lo que no tardó en llegar a oídos de Lázaro. Él no le dio mucha importancia, al igual que todos y todas en el pueblo, hasta que el presidente comunicó que cada habitante debía quedarse en sus hogares. Esto preocupó bastante a Lázaro, ya que tanto su madre como él no podían darse el lujo de cumplir con el aislamiento obligatorio.

Los días pasaban y el hambre reinaba en el hogar de Lázaro, hasta que se vio obligado a vagar por las calles buscando algún trabajo o donación.

Casi por milagro y después de miles de rechazos de los adultos, que también buscaban cómo superar el desastre económico que trajo esta pandemia, Lázaro se encontró con un amable panadero quien lo aceptó y le ofreció trabajo a cambio de alimento.

Así fue como Lázaro pudo ayudar a su madre a salir adelante y aprendió una vez más a enfrentar cada problema que la vida presenta.

Chiara Romero

LAZARILLO EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Presentemos a Lázaro: un niño de apenas nueve años que vive con su madre, una mujer muy trabajadora y luchadora, que siempre trató de darle a su hijo todo lo que tenía a su alcance. Ella trabaja vendiendo panes y otras elaboraciones en diferentes espacios de la vía pública, plazas, ferias, peatonales, etc.

Pero un día de *sopetón* llegó a todo el mundo un virus, “una pandemia” considerada en términos científicos, que era muy peligrosa porque causaba diversas dolencias muy parecidas a las de una gripe pero que puede llevar a la muerte.

Muy atentos a lo que informaban especialistas y hasta el propio presidente, estaban preocupados por lo que podía pasar en su pueblo. El presidente decidió que toda la población se quedara en su casa para resguardar su salud y la de los demás, a esto se lo denominó “cuarentena”. Así, se prohibieron distintas actividades, trabajos y cerraron muchos espacios públicos.

Con todo el dolor en su corazón, la mamá de Lázaro tuvo que dejar de trabajar, ya que se veía impedida por las órdenes del presidente. Pero lo que le preocupaba era su hijo, ya que como menor dependía totalmente de ella. Sin trabajo, se le hizo imposible a la mujer conseguir para la comida de todos los días, entre otras cosas.

Después de varios días, la mamá de Lázaro había escuchado que distintas personas podían anotarse como voluntarios para ayudar a personas mayores en este tiempo. Entonces decidió que él fuera y ayudara al que lo necesitara y de paso podría que lo ayudaran a él.

Allí Lázaro ayudó a muchísimos abuelos, algunos ariscos, otros muy amables, pero de todos aprendió diversas cosas, como valores y muchas historias que le dejaron diversas enseñanzas.

Lázaro pudo sobrevivir, ayudar a su madre y, sobre todo, ayudar al que más lo necesitaba.

Gonzalo Sosa Quiñones

El Lazarillo en tiempos de pandemia

Hoy mi madre me mandó a pedir limosna a la calle para poder tener algo para comer. Pero cuando salí, me encontré con gente con un retazo de tela cubriendo su boca y su nariz.

Con mi mamá no teníamos ni la mínima idea de lo que estaba sucediendo, me acerqué a una vidriera donde había televisores. Vi a gente muy atenta leyendo allí y le pregunté a una señora muy anciana, que parecía estar muy preocupada. Ella me respondió que estábamos por comenzar una cuarentena, a causa de un virus que había afectado a muchos países, y que ella corría los mayores riesgos de contagiarse.

Primero pensé que era una broma, porque yo no tenía conocimiento de nada de ese tema, pero al ver a mi alrededor a toda la gente con cara de preocupación, corrí a avisarle a mi mamá que también había salido a pedir limosna. Y al llegar a casa encontré una nota sobre la mesita de cartón que teníamos. Yo no sabía leer, así que volví al lugar en donde estaba esa mujer anciana y le pedí que me la leyera.

Ella me la leyó sin ningún problema, la nota decía: "Querido hijo, mi amado Lázaro, perdón por no poder hablar esto personalmente, pero debo irme lejos, ya que contraí un virus y no quiero que tú te enfermes. Siento mucho dolor, pero va a ser por el bien de los dos. Acá te dejo el dinero que junté pidiendo en las calles. Busca a alguien a quien servir, y procura que te cuide tanto como lo hice yo. Perdón y mucha suerte. Hasta pronto."

Con lágrimas en los ojos traté de comprender a mi madre. La señora me ofreció vivir con ella a cambio de que yo le realizara todos sus trámites y compras; obviamente ayudándome también a tomar todas las precauciones necesarias para no enfermarme.



Ya casi de noche fuimos a su hogar, pero antes de llegar compré un poco de pan con el dinero que me había dejado mi mamá para no llegar con las manos vacías a la casa de esa amable anciana. Era una casa muy humilde, pero mejor que la mía. Entramos, me hizo sentar y me dijo que ella iba a cocinar algo para comer.

Mientras estaba sentado observando las fotografías de la señora, comencé a llorar en silencio para no preocuparla, porque me dolía mucho no saber si mi madre tendría el mismo plato de comida que yo iba a tener esta noche. Traté de autoconsolarme y disfrutar la sopa que la señora me había preparado con tanta dedicación.

La disfruté también porque había pasado bastante tiempo desde que comí una sopa tan deliciosa como la que había preparado la amable anciana. Después, terminada la cena, la señora me mostró dónde iba a pasar mis noches.

Como no habíamos hablado mucho, por el simple hecho de mi tristeza, antes de acostarme a dormir, me presenté y le pregunté su nombre, y

sobre su familia y sus gustos. Ella me dijo que se llamaba Matilde, tenía 70 años, le gustaba tejer y pasear por la plaza; mientras contaba hechos de su vida me di cuenta que muchas coincidían con la mía. Y con un gran abrazo consolamos el dolor que ambos sentimos al recordar esos tiempos. Ella también me dio la esperanza de que mi vida puede cambiar y en un futuro formar

una familia como ella lo hizo.

Matilde tenía dos hijos que no vivían con ella, porque ambos habían formado su familia y que, a causa del virus, ella no podía visitarlos, ni ellos a ella. Así que me sentía bien, ya que podía acompañarla en esta situación, a pesar de estar trabajando para ella. Después de esa hermosa charla, ella se fue a su habitación y yo me tapé con las mantas hasta conciliar el sueño, obviamente, siempre pensando en mi madre.

Al día siguiente, después de desayunar, Matilde me mandó a comprar víveres. Y antes de salir me explicó que ese retazo de tela que cubría la boca y la nariz se llamaba "barbijo", y que debía utilizarlo para cuidarme y cuidar la salud de las demás personas. También me dijo que no debía tocarme la cara por precaución y que tenía que lavarme las manos cada vez que tocara algún elemento que era tomado por otras personas. Después de todas las explicaciones de Matilde comprendí porqué la gente estaba tan preocupada.

Rumbo al almacén, vi que las calles estaban vacías y que solamente en algunos locales, como el supermercado, había largas filas de gente en busca de productos para su hogar. Y tuve que hacer una de esas largas filas, donde tenía que estar a unos metros de las personas. Mientras esperaba, vi que una señora se desmayó y nadie se acercaba a ayudarla, porque este virus atemorizaba mucho a la gente y todos desconfiaban de todos. Sin dudar, ni pensar, me acerqué a ayudarla. Me saqué mi humilde chaleco y se lo coloqué bajo su cabeza improvisando una almohada. Como la señora no reaccionaba, corrí hacia la entrada del supermercado, ya que allí se encontraba un policía y le avisé sobre lo sucedido. Él se acercó y la asistió hasta que la reanimó. La mujer se sentó suavemente y me observó, ya que yo estaba arrodillado a su lado. El policía felicitó mi accionar, porque la mujer estaba sufriendo, además de un desmayo, un pre-infarto. Cuando ella comprendió la situación, recogió mi chaleco y me agradeció amablemente.

Después de realizar las compras, volví a la casa de doña Matilde. Ella me preguntó por qué había tardado tanto y mientras comíamos galletitas, le conté mi buena acción.

Y así fueron pasando los días, trabajando para Matilde, cuidando mi salud y la de ella cumpliendo la cuarentena. Pero un día, al salir a realizar uno de los trámites de Matilde, pasé por mi antigua casa y decidí entrar. Al pasar la puerta, encontré a mi madre sentada escribiendo y cuando ella alzó la mirada corrió a abrazarme, ¡ella se había curado! Así que nos sentamos a charlar y la llevé a conocer a la amable anciana que me ayudó. Después de agradecerle todo lo que había hecho por mí, ella nos ofreció quedarnos a vivir con ella, porque el corazón de Matilde era más grande que cualquier pandemia.

Agustina Figueroa

Lazarillo en tiempos de pandemia

Todo pasó en una pequeña ciudad de España, Bárcena Mayor, cerca de un río llamado Argoza, con muy pocos habitantes.

Me llamo Lazarillo de Tormes y te voy a contar un poco de mi historia. Cuando tenía ocho años de edad, mi madre murió y en su lecho de muerte, sus últimas palabras fueron: "Hazte valer por ti mismo, mi pequeño Lazarillo y que Dios siempre te acompañe".

Después de tres años trabajando como sirviente para diferentes señores, uno peor que otro, decidí abandonar a mi último amo. Vivir con él era una locura, le limpiaba su casa por unos trozos de pan, pero al caer la noche, llegaba muy borracho, me daba duros golpes y al día siguiente no recordaba nada, el alcohol lo cegaba por completo. Harto de estas repetidas escenas, una tarde lo abandoné.

Me fui de Salamanca a probar suerte en otro lugar, así fue como llegué a la pequeña ciudad que comenté en un principio. Cuando llegué a ese lugar, no tenía donde ir, vagaba buscando trabajo, en una de mis caminatas me crucé con un hombre carpintero llamado Sasori, le comenté que buscaba trabajo y él me ofreció ser su ayudante, acepté sin dudarlo y me fui con ese hombre. Al llegar a su casa me mostró, las cosas que hacía en madera; como yo nada sabía de ese oficio, comenzó a enseñarme, no solo fui su aprendiz, lo ayudaba a hacer los mandados, buscar madera, comprar pintura y muchas cosas más.

A fines de febrero, el mundo entero o su mayor parte, detuvo su curso. Llegó la pandemia por el COVID-19, un virus mortal y altamente contagioso. Se decretó un aislamiento social. Las primeras dos semanas, no salimos por precaución, pero, de algo teníamos que vivir. Sasori hizo unos folletos haciendo propaganda a sus productos, con su número de teléfono y mi trabajo fue repartirlos por todas las casas a mi alrededor.

Luego de una semana nadie llamaba, no teníamos para comer, sólo quedaban los ahorros de mi alcancía.

Durante esas tres semanas sin poder salir ni trabajar, me invadía la nostalgia al ver las calles vacías y frías, por la noche se sentía un silencio escalofriante. Este aislamiento no deja mucho para hacer y dado que había prioridades como los alimentos y la higiene personal; en ese momento, ya sabíamos que con la carpintería no íbamos a vender mucho.

Recordé que uno de los señores con los que trabajé en Salamanca, era panadero y de él había aprendido mucho. Entonces no lo pensé más y todo lo que me quedaba de dinero lo usé para comprar los ingredientes y comencé a amasar. Los primeros días vendí dos o tres panes nada más, estaba a punto de rendirme, cuando el señor Sasori, que gracias a Dios él sí era bueno, me dijo: "Lazarillo pasaste por distintas desventuras, una peor que la anterior, por lo que me has contado y por una pequeña piedra en tu camino, ¿te vas a detener?". Tenía razón.

Dejé de quejarme de mi mala suerte, me puse mi barbijo, tomé mi carrito con los panes calentitos, una botellita con alcohol en mano y salí.

Los días pasaron, cada vez vendía más y más. Me convencí de que este aislamiento, acabará algún día y pondré mi propia panadería. Por el momento, voy de puerta en puerta, pero quién sabe, tal vez el día que termine la cuarentena llegue aún más lejos.

Sofía Luna

Lazarillo en tiempos de pandemia

Lázaro es un niño de 10 años de edad, que junto a su madre pasa por distintas situaciones, la primera fue que su papá lo abandonara. Con solo mirarlo a los ojos se nota su bondad y sus ganas de ayudar y salir adelante, ya que tiene un hermano menor que necesita de su ayuda. Madre e hijos se ganan la vida vendiendo medias en las calles peatonales de la ciudad.

Inesperadamente los medios de comunicación comenzaron a decir que en otros países un virus estaba matando gente, como si fuera una guerra silenciosa, de la cual nadie podía escapar. Esto avanzó tan rápido que llegó a nuestro país obligando a todo el mundo a quedarse en su casa. Nadie podía salir a trabajar, el Presidente de la Nación obligó a la sociedad a cumplir con una famosa cuarentena, que lamentablemente Lázaro y su madre no podrían cumplir, ya que deberían andar por las calles ganándose el pan de cada día. Pero eso no está permitido.

La necesidad los agobia cada vez más, el niño decide salir a caminar por las calles a pedir limosna, en cada comercio abierto entraba a pedir, había quienes le daban y quienes lo sacaban corriendo. Esto lo llevó a entender que, de la única forma en que podía ayudar a su madre era trabajando en un negocio de alimentos, que es lo único que se permite abrir debido a la pandemia que estamos pasando.

Su mamá recibió el Ingreso Familiar de Emergencia que el Estado da para ayudar a los más necesitados. Ella le comenta a Lázaro que cuenta con ese dinero y que no sabe cómo administrarlo, él con su corta edad, rápidamente le dice que podrían poner un negocio de alimentos, ya que en su recorrido pudo ver que en eso sí se puede trabajar.

De esta manera, esta pequeña familia sale adelante, se ayudan mutuamente para atender el negocio y hacer las tareas del colegio que le envían al mail de un compañero y que Lázaro debe copiar de puño y letra todos los días, ya que no cuenta con ningún aparato electrónico ni mucho menos Internet. Pero, aun así, ellos siguen adelante sin bajar los brazos ni perder la esperanza que es lo que los mantiene vivos.

Gisela Casas

Lazarillo, con honor, valores y fe

Desde que tengo memoria siempre he sido un muchacho libre, andando por la vida sin ningún tipo de miedo, disfrutando de todo lo que ella tiene para ofrecerme. Ahora, una pandemia llamada COVID-19, tiene que tener a la mayoría de las personas en sus casas. Pero yo no puedo hacer eso, yo tengo que salir día a día con mi amo, para ayudarlo a ganar dinero para mí y mi familia. Obviamente, saliendo con todo lo necesario para mi cuidado y para no llevar ningún tipo de enfermedad a casa.

Llego el día en que tengo que partir. Vamos por la carretera en el auto de mi amo, rogando que nos sigan dejando pasar los de gendarmería, ya que siempre nos hacen parar para ver en qué condiciones vamos al otro pueblo a trabajar. La última vez nos dijeron que teníamos que hablar con el encargado y el intendente para lograr hacer un permiso, mi amo no tiene tiempo para eso y siempre con mi ayuda logramos convencerlos para que nos dejen pasar.

Después de charlas y charlas, pudimos llegar al control: hay otro hombre, no es el que siempre convencíamos. Mi amo está conversando con él, pero nos está mirando con mala cara, pidiendo de nuevo el permiso que siempre nos piden... Parece que esta vez no vamos a poder pasar.

Después de media hora, el señor nos dijo que por última vez íbamos a pasar, *que la próxima, ni fuéramos a intentar pasar*, porque no lo íbamos a lograr. Por fin podemos seguir con nuestro trayecto y llegar al trabajo, pero al llegar el encargado nos recibió muy mal, amenazando a mi amo con correrlo si volvía a llegar tan tarde como lo hizo hoy.

Mi amo, siempre que le pasan esas cosas, se las agarra conmigo: cuando se fue el encargado, me miró y comenzó a gritarme, diciendo que todo era culpa mía. Yo no lograba entender nada, pero ya estoy un poco acostumbrado, siempre que le pasan estas cosas, supuestamente, para él: yo soy el culpable. Me dijo que hoy mi trabajo sería ir a *sacar el permiso que tanto piden los del control de seguridad*.

Cuando me dijo eso, yo ya suponía que mi trabajo iba a ser bastante difícil, ya que no era como cuidar su auto cuando se bajaba a entregar los productos en distintos barrios. Pero lo tenía que hacer, porque no me quedaba otra.

Le pregunté a mi amo adónde tenía que ir para hacer esas cosas, ya que era la primera vez que andaba solo por esas vacías calles, sin nadie a quien preguntarle, solo cruzándome con gente llena de miedo por la salud de sus hijos, sus padres y la propia, queriendo llegar rápido a sus casas, sin querer conversar, ni ayudar a nadie, solo queriendo despertar de esta pesadilla que estamos viviendo. Me respondió que

me las arreglara solo, que él tenía bastantes cosas en su cabeza como para andar sabiendo de eso también, solo tomé mi mochila de todos los días y partí.

Y allí iba, en busca de un permiso para poder circular junto con mi amo, sin ningún tipo de miedo. Primero llegué hasta donde estaba un policía en frente de un Banco, le pregunté si no sabía adónde tenía que ir para sacar un permiso para circular por la vía pública. Lo primero que me respondió fue que era muy chico para conducir y que no podía andar en la calle queriendo hacer eso, sino haciendo cosas más importantes como quedarme en mi casa junto a mi familia, ya que él no podía hacer eso. Luego de responderle que no era para mí sino para mi amo, me dijo que al parecer no estaba muy bien informado ni mi amo, ni yo, que eso teníamos que sacarlo de Internet y hacerlo imprimir. Por último, solo necesitaba la firma de mi amo y eso era todo.

Antes de seguir con mi camino, le agradecí por haberme ayudado. Ahora tenía que pensar adónde podía ir para conseguir que me hicieran lo que me había dicho el policía y de paso, hacer imprimir el permiso, así se lo llevaba listo a mi amo solo para que lo firmara y para ver si así se le pasaba el malhumor. Me pasé cuerdas y cuerdas caminando, hasta que por fin me encontré con una librería abierta, tuve que hacer una larga fila, porque había bastante gente, también tuve que soportar las miradas raras de la gente que estaban allí.

Una señora que estaba detrás de mí me preguntó qué hacía un niño tan solo en la calle. Su curiosidad fue más grande que el miedo de acercarse a la gente por si tenían algo que contagiara, con una moderada distancia logró preguntarme dónde estaban mis padres. No me gusta que la gente me vea como un niño indefenso, pero siempre trato de contestarles bien. Por eso, le conté todo lo que tenía que hacer y me dijo que era un niño muy valiente, que cualquiera no andaría haciendo esas cosas.

Luego de conversar con ella, pude entrar a hablar con el hombre que me atendió, pero hubo un gran problema al decirle lo que estaba haciendo ahí, me dijo que necesitaba todos los datos de mi amo, que él no podía hacer nada sin ningún tipo de datos.

Yo, tan decepcionado, tomé mis cosas y salí de allí; le dije que iba a buscar la solución de llevarle todo lo que él necesitaba y que iba a volver, traté de ir lo más rápido posible para que no nos tomara la hora de volver a casa y pudiera hacer eso lo más rápido posible. Llegué hasta donde estaba mi amo, le pedí los datos que me había encargado el chico de la librería y me volví. Lo único que bueno es que no me trató tan mal como pensaba, me dio los papeles rápido con todos sus datos y me fui rapidísimo. Me dijo que tratara de volver antes de las seis de la tarde así volvíamos a casa. Mientras iba corriendo le respondí que sí y llegué de nuevo hasta la librería, hice

de nuevo la fila, como si fuera la primera vez en el día que iba, después de varios minutos ahí afuera alejado de la gente que estaba también allí haciendo fila, logré entrar por segunda vez, pero ya contento porque tenía los datos de mi amo. El señor que estaba allí solo me miró y me sonrió, volvió a decirme lo que me había dicho la señora anterior cuando estaba haciendo la fila, que era muy valiente al estar haciendo estas cosas.

Después de esperar un buen rato, me llamó de nuevo, ya que yo lo estaba esperando en un banco cerca del baño hasta que él hiciera todo, y me dijo que ya estaba todo listo. Lo único que necesitaba era la firma de mi amo y hacerle varias copias para que, cada vez que pase por algún control de seguridad, deje una copia por si piden. Luego le pagué, le agradecí y me salí de ahí muy contento y satisfecho por haber hecho algo bien para mi amo. Había llegado antes de tiempo para partir junto con él a casa y le entregué los papeles, jamás lo había visto tan asombrado por algo que yo haya podido hacer, me dio un abrazo y un beso, y partimos a casa.



Llegamos hasta el control de seguridad, mi amo contento y con orgullo sacó sus papeles y le dio al hombre que nos había hablado en la mañana, diciéndonos que si queríamos lo podíamos hacer, mientras sonreía. Nos hizo dejar uno de los papeles y seguimos con nuestro rumbo a casa.

Allí, al lado de mi amo, en su coche sentía que, a pesar de tanta angustia que estábamos pasando, tengo que sobrevivir. Decidí que, con buena actitud, con sonreír más, reír mucho y no escuchar tantas malas noticias, se puede. En fin, aprendí que la vida es cuestión de vivirla, con amor, honor, valores y fe.

Luciana Dorado

El Lazarillo en tiempo de pandemia

Otro día en la vida de Lázaro para salir a tarjetear... Hoy hace mucho calor, pero la pensión no es gratis, así que toma una gorra, una musculosa gastada, un short de jean que le dio una gente que entrega donaciones en la plaza los lunes y jueves, y está listo para pedir a la suerte que hoy se cruce con personas caritativas, porque está difícil ganar para comer todos los días.

La vida se ha puesto dura para Lázaro y su familia después de la partida de su padre. Su mamá vende varios artículos en la calle junto con el hermanito de Lázaro, hay días que vende bien y otros, no tanto.

El joven Lázaro le ayuda con lo de las tarjetas por la mañana y por la noche va cartoneando con José y el hijo, ellos le dan una parte del total que juntan. Le preguntaron un día si quería acompañarlos y él aceptó, porque ya le pasó que, por ser chico y andar solo, otros le quitaban lo que juntaba y volvía sin nada. Los muchachos lo vieron un par de veces en esa situación y por eso le preguntaron si quería ir con ellos, para que ya no le sucediera lo mismo, pues ellos lo defenderían.

Todos los días debe recorrer docenas de paradas de colectivos con larguísimas filas, haga calor o frío, eso es agotador. Son muchas cuadras que debe recorrer. Preguntar a cada persona si quiere una tarjeta a cambio de un dinero a voluntad, no siempre sale como cree: hay veces que la gente es generosa y corta esa racha de recibir un 'no' como respuesta.

Hoy, mientras esperaba a un costado de una larga fila, que se renueve el público para seguir repartiendo las tarjetas, escuchaba algunos comentarios de las personas de la fila y de los que cruzaban por allí, de paso.

Los escuchó hablar y notó preocupación en algunos e indiferencia en otros sobre el tema; hablaban de un virus de los chinos que causaba una enfermedad parecida a la gripe, pero que es más grave que una gripe y es muy contagiosa. También escuchó que el contagio llegó a un montón de países y por eso se le llama pandemia, y se esperaba que llegara hasta nuestro país.

"Ese virus se llama covid-19", contaba una señora a una chica que iba con ella, y había llegado a casi todos los países provocando muchísimos enfermos y muertes. Eso provocó que se cerraran casi todos los negocios, la gente tenía que quedarse encerrada en sus casas y nadie podía andar por las calles. Solo podían salir por cosas importantes y personas autorizadas, por ejemplo, el personal dedicado a la salud, o al sector alimenticio, pero tienen que cubrirse la cara con algo que se llama barbijo.

Lázaro reflexionaba y quedó pensando en lo que escuchó y recordó que a la vuelta de la pensión hay un supermercado chino, así que ni, aunque tengan ofertas, iría a comprar allí. *Por las dudas me mantendré alejado de esa gente -se dijo -comen cosas raras y mejor tenerlos lejos. Más vale prevenir que lamentar. Me contó el Yoni que el que atiende en la caja había vuelto hace unos días de China* -pensaba Lázaro preocupado.

Ya es hora de irse, fue un buen día, consiguió para comprar milanesas -una cada uno comerán-, también le alcanzó para una tira de pan y una caja de leche. A su mamá le fue regular, pero esa noche juntó bastante cartón y eso les iba a ayudar por unos días.

Ya en su cama, Lázaro se dijo: *-Bueno a dormir un poco para seguirla mañana, me duelen los pies, hoy caminé más...* Y se durmió.

Ya amaneció, lo despertó su mamá, le dijo: *-Lázaro, ¡hoy no se puede salir! Me dijo doña Paula que en la tele habló el presidente y no se puede salir a ningún lado por esa enfermedad que hay en todo el mundo. Tenemos que cumplir con ese aislamiento y no saben hasta cuándo va a ser.*

-Yo escuché a mucha gente hablar de eso ayer -respondió Lázaro- ¡Uh! ¿Y cómo hago con las tarjetas? Puedo hacer unas cuadras nomás para ver si junto algo.

-¡No! -exclamó su madre- Si los colectivos no andan, están de paro. No va a haber nadie. Y la policía está por todos lados controlando que la gente no salga.

-¿A la noche tampoco puedo juntar cartón, má? -preguntó el joven.

-No Lázaro. Parece que la cosa es seria. -continuó la madre afligida.

-¡Y qué vamos a hacer! -se exaltó Lázaro.

-Hay una vecina que siempre va a un merendero que queda cerca, -recordó la madre- le voy a preguntar si la puedo acompañar. Capaz que consigamos la comida ahí. ¡Ojalá!

Luego, dirigiéndose a un rincón de la habitación pensó Lázaro: *Y así vivimos cada día. Siempre alguna dificultad se presenta, pero también aprendemos algo nuevo. Sigo aquí en esta vida, con mi familia, y algo se me va a ocurrir para seguir sobreviviendo.*

De repente una idea lo iluminó:

-Don Manuel, el dueño de la verdulería de la cuadra todos los días va al mercado, él siempre lleva dos o tres changarines, le voy a pedir que me lleve. Me dijeron que el mercado no va a cerrar, ahí puedo conseguir algo.

Y así lo hizo...

Nora Marilí Ruiz

OTRO LAZARILLO

Fede y Paty viven con su mamá que, día a día, lucha para sacarlos adelante, mediante la informalidad de sus labores, limpiando y atendiendo una despensa, con ingresos bajos y temporales (esto no es por la pandemia, pero esa es otra historia). Apenas llega a fin de mes con lo justo y necesario. No recibe ayuda del gobierno, porque consideran que no la necesita, ya que el papá de los niños tiene un trabajo “formal” y le pasa la cuota alimentaria que, con su bajo salario, tampoco es mucho. El alivio está al comienzo de las clases, porque cuentan con el comedor.

Si bien ya estábamos sumergidos en una crisis espantosa, se vino otra peor, distinta a la que conocíamos hasta hoy (¡y eso que conocemos de crisis!).

Hay un nuevo virus y ya no estamos exentos de él. La realidad cambió, se decretó el aislamiento social obligatorio, por el tan temible covid-19. Las personas deben permanecer en sus casas, los colegios ya no abrirán sus puertas. Todo es angustia, temor, incertidumbre, desolación, las calles están vacías, ya ni se ven las vecinas con el pretexto de barrer sus veredas... y dialogar entre ellas.

Fede, que es un buen jovencito y ama a su mamá, ve la preocupación de ella porque no puede salir a trabajar. Sabe que, a su papá, quien tiene una nueva familia, le disminuyeron el sueldo. Su madrina que colabora y es solidaria con ellos, ya no es mucho lo que les puede dar, porque las ventas de su kiosco disminuyeron. Él se ofrece a ayudar, le dice que saldrá a buscar una changuita. Su madre, primero se niega, porque aun lo considera demasiado chico para que ande solo por las calles con todo el peligro que hay. Pero, con el pasar de los días y como las pocas reservas ya se van agotando, las carencias empiezan a hacerse visibles y muy a su pesar accede.

-Eso sí, tomarás tus recaudos. Le confecciona un barbijo, prepara una botellita con alcohol y, lo deja ir, apenas conteniendo las lágrimas, porque nunca hubiese imaginado tener que enviar a su hijo a trabajar.

No hay mucho por hacer, hay pocos negocios abiertos y, aunque está dispuesto a hacer lo que sea, Fede no consigue nada. Pero no se da por vencido y sigue caminando, como a unas quince cuadras de su casa hay un



mercado con distintos puestos, solo lo conocía por el nombre porque estaba algo lejos de su casa. Empieza a ofrecerse hasta que una señora le permite que la ayude, ya que siente dolores en la cintura y las rodillas. Así va pasando los días, ayudando de un puesto a otro, cargando cajones, acomodando verduras, ayudando a limpiar los distintos puestos. De a poco, se va acostumbrando, porque es muy agotador; pero sin quejarse lo hace porque -por ahora- es con lo único que cuentan, su familia y él.

Treinta son las cuadras de ida y de vuelta que camina todos los días, pero no importa: las cosas van mejor, en su casa no falta qué comer. Antes de irse a dormir hace sus tareas, con la ayuda de su mamá. A pesar de su cansancio lo hace sin chistar, porque también es una forma de compartir tiempo con ella y su hermanita, ya que pasa muchas horas fuera de su hogar.

La necesidad cada vez se hace notar más y empiezan a aparecer otros jóvenes, que al ver lo que hace Fede, deciden hacerlo también. Pero eso complicó el trabajo de Fede, porque estos en lugar de compartir, al ver que al niño lo requieren mucho, ya lo consideran un estorbo para ellos, y comienzan a golpearlo, a robarle. El pobre niño que no tiene maldad alguna, no entiende el proceder de esos chicos. Así conoce la maldad, la crueldad y lo duro que es la calle para un niño de su edad.

No le dice nada a su mamá para no preocuparla, sabe que por ahora solo cuentan con él, hasta que ella pueda volver a trabajar. Como puede, los evita; pero hace unos días no tuvo mucha suerte, volviendo a su casa, estos canallas e injustos maleantes y bribones, lo golpearon hasta el cansancio. Gracias a Dios, una vecina vio lo que estaba pasando y urgentemente llamó a la policía, lo llevaron a urgencias.

Su mamá llora desconsoladamente y se culpa por lo sucedido.

A pesar de los golpes, Fede se recuperó bien y ella -quiso el destino- que se encontrase con una antigua patrona, que hacía varios años había trabajado en su casa y le pidiera que volviera porque la necesitaba.

Pero no todos corren con la misma suerte, el incremento de la pobreza, de la desocupación, de la informalidad laboral, indiscutiblemente empeoró la situación de la niñez, quienes, a su corta edad, tienen que salir a buscar el sustento para su familia. A la vez que sufren abusos, inseguridad, malos tratos, y eso no es producto de la “pandemia”. Pero el Estado, los Gobiernos de muchos países no trabajan y nunca han trabajado para la prevención y erradicación del trabajo infantil, que los vulnera, oprime e interfiere en el ciclo escolar obligatorio, que les brinda mejores herramientas para su futura inserción laboral.

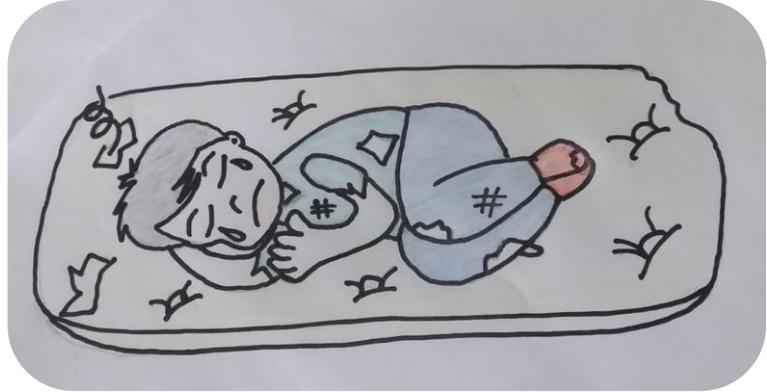
El descanso, el juego, la creatividad son derechos esenciales para ellos.

Alejandra Ruarte

LAZARILLO EN TIEMPOS DE CUARENTENA

El pobre Lazarillo golpeado y malherido, se encontraba inundado en un mar de lágrimas, sintiéndose tan solo, pasando hambre, frío, inseguridad y con la incertidumbre de no saber cuándo terminaría esta cuarentena.

Piensa: - ¡No puedo seguir encerrado, tengo que salir a trabajar para poder comer! Y así cavilando en cómo hacer para trabajar, se quedó dormido, sobre un viejo e *hilachento* colchón que, de tanto desgaste, parece un cartón.



Al día siguiente Lazarillo se levantó muy temprano como de costumbre,

lavó su cara con la fría agua, se vistió con sus harapos y ató un pedazo de tela de una remera rota en la cara para usarlo de barbijo. Ya listo salió a la calle para buscar su sustento.

En las calles, vio la desolación de la gran ciudad, todos encerrados en sus hogares cumpliendo con la cuarentena, por la pandemia causada por el virus covid-19.

El siguió caminando y en un momento, vio desde la ventana de una casa, cómo una familia estaba sentada al lado de la chimenea, viendo una película.



Allí, él recordó a su madre y a su hermanito y meditó: -¡Cómo me gustaría estar así con mi familia, en una hermosa casa, frente el cálido fuego de una chimenea disfrutando de un tiempo en familia!, ¡Qué lindo sería!

Pobre Lazarillo, tan solo está: enfrentando la vida

y a esta cuarentena con tan corta edad.

En su cruda realidad, siguió su camino en busca de alimento. Caminó y caminó, hasta que se encontró con un hogar donde refugiaban a niños carenciados como él. No lo dudó ni un instante y entró al lugar. Allí se encontró con personas muy buenas que lo



recibieron con mucho amor, le dieron vestimenta, alimento, un baño caliente, una linda y confortable cama donde dormir.

Se sentía optimista, su realidad estaba por fin cambiando, ya no se sentía solo, sino que estaba rodeado de compañeritos, con quienes podía jugar y divertirse.

Ya no pasaría frío ni hambre.

Lazarillo recordó lo que su madre le dijo cuando se despidió de él y fue la última vez que la vio: “Procura ser bueno y que Dios te guíe”. Y así fue.

Natalí Espinosa

Lazarillo en tiempos de pandemia.

Era una tarde de verano sumamente calurosa, cuando noticias desde el otro lado del mundo llegaban a nuestra ciudad. Se trataba de un virus que estaba afectando al país asiático: China. Pero nadie le dio importancia, me incluyo, yo estaba demasiado preocupado con mis asuntos como para detenerme a pensar cuál podía ser la magnitud de aquel caso.

Hacia poco había cumplido catorce años, vivía junto a mi familia en un pequeño pueblo donde todo, incluso las noticias, tardaban en llegar. Luego de una discusión que tuve con mi padrastro decidí irme de casa, emprender un viaje en carreta rumbo a la ciudad, sin saber con qué me encontraría o cuán difícil sería para mí estar solo en un lugar desconocido. Aun así, mi familia, no me buscó.

Al llegar a la ciudad conocí al Viejo Oscar, era un hombre bastante gruñón y siempre se molestaba conmigo, aunque no hiciera nada. Tenía un puesto en la feria donde yo iba a buscar trabajo. Para mi fortuna, él fue el primero en dármele, consistía en algo bastante simple, debía bajar cajones de verduras que llegaban en un camión y acomodarlos en los estantes. Además de atender a los clientes y mantener limpio el lugar, era un buen trabajo y me permitía conocer a muchas personas amables; pero los gritos del Viejo Oscar lo hacían agotador.

Un día llegué dispuesto a trabajar, pero el Viejo Oscar no me dejó quedarme, se había enojado conmigo porque llevaba la ropa sucia. No lo culpo, tenía razón. La verdad es que aún no tenía dónde quedarme así que estaba pasando las noches en la plaza del pueblo.

-Si querés te podés quedar en mi casa, tengo un depósito en el que podés dormir. Pero no va a ser gratis mocoso. –me dijo de forma seria.

-Es que yo no tengo dinero, podría dar/...

-No te estoy pidiendo dinero, tu paga será el trabajo. ¿Aceptás?

Acepté de inmediato, la verdad es que las noches estaban cada vez más frías y no quería enfermarme, porque eso impediría que trabajara.

-Pero con una condición. Tienes que ir a la escuela, acá es obligatorio y si vas a estar a mi cargo no quiero tener problemas con la policía.

Así fue como los meses pasaron y mi estancia con el Viejo Oscar era cada vez peor. Pero no podía quejarme, estaba agradecido con él a pesar de su mal carácter. Me dio una cama, me dejaba ducharme dos veces a la semana y su esposa, la señora Dorothea me ofrecía siempre un plato de comida, era suficiente. Además, asistía todos los días a la escuela, lo cual me encantaba porque extrañaba asistir a la de mi pueblo. El único problema era que seguía sin dinero, ahora el Viejo Oscar no me pagaba por las horas que trabajaba en su puesto y cuando debía pedirle algo para mis estudios me hacía trabajar el doble.

Estaba muy cansado; sin embargo, decidí aprovechar el poco tiempo libre que tenía para conseguir otro trabajo en el cual me pudieran pagar. Así fue como comencé a ir al centro todos los días después de salir del puesto del Viejo Oscar y antes de entrar a la escuela.

La gente de la ciudad me parecía muy distinta a la de mi pueblo, algunos me hacían gestos y otros me ignoraban, pero siempre encontraba a alguien dispuesto a darme al menos un centavo a cambio de ayudarlo con las bolsas.

Así fue como conocí a Don Juan, era un anciano de 80 años que vivía a unas calles del centro, era muy amable: la primera vez, por llevarle la mercadería hasta su casa, me dio dos centavos. Al día siguiente volví al centro y nuevamente pasé por su casa, solo para ver si necesitaba algo y en esa ocasión me pidió que le arreglara el jardín de su entrada, a cambio me dio 10 centavos y me invitó una taza de té.

Así fue como al cabo de unos días me hice amigo de Don Juan, siempre que iba al centro pasaba por su casa para verlo y asegurarme de que no necesitara nada. Era un hombre mayor, aunque su alegría contagiosa parecía la de un niño. Una vez, me contó que no podía ver bien, además utilizaba un bastón y eso le impedía cargar con la mercadería, así que comencé a hacerle por él. Dejé de aceptar los centavos, ya no lo veía como un trabajo, él era mi amigo. Así que comenzó a pagarme con historias y muchas tazas de té.

Llegué a juntar 30 centavos y en agradecimiento decidí dárselos al Viejo Oscar.

-Nos vemos a la tarde anciano me voy a la escuela. -le dije, pero él nunca me saludaba.

Al llegar a mi escuela me topé con que estaba cerrada, me pareció extraño porque nos habían dicho nada sobre que no hubiera clases, me detuve a pensar si tal vez me confundí de día y era fin de semana. Pero no, porque de ser así el Viejo Oscar me hubiera tenido todo el día en su puesto, por lo que decidí aprovechar e ir al centro por trabajo, ya tenía a varias personas que me dejaban limpiar su vereda o los ventanales de sus tiendas y quería cumplir con ellos siempre.

Esa tarde me pareció muy extraño el centro: los negocios a los que acostumbraba a ir estaban cerrados, incluso pasé por la tienda de Marta, una joven de mi escuela cuyos padres tenían una librería que incluso los fines de semana se encontraba abierta. Su padre solía decir que nunca había horario ni día para la lectura, y *cuando el deseo llega, debe estar una librería abierta para cumplirlo, así sea un domingo a las tres de la tarde*. Por esa razón me pareció aún más extraño que no estuvieran trabajando. Seguí caminando, tal vez hubo un evento o alguna festividad de la cual no me enteré. La verdad es que no me enteraba de nada a no ser que el Viejo Oscar me lo contara, y él solo acostumbraba a retarme.

-¡¡¡Lázaro...!!!

Aun así se veía interesante el centro sin la cantidad de gente que suele haber, se podían apreciar más los edificios, además...

- ¡Lázaro! -interrumpió mis pensamientos.

- ¿Lázaro, eres tú? Ven.

-Hola Don Juan, ¿Cómo está? ¡Qué agradable verlo! ¿Qué lleva en la boca, está enfermo?

-No hijo. ¿No te has enterado? Declararon cuarentena por un virus que se llama... mmm... no recuerdo. Esperá tengo el periódico aquí... ¡Ah! pero no encuentro mis lentes.

Don Juan siempre perdía sus lentes... En realidad, nunca se daba cuenta de que los llevaba colgados del cuello.

-Acá esta, se llama covid-19, es un virus de China que se propagó por el mundo, y es tan contagioso que nadie puede salir de su casa.

Dejé de escuchar, esas palabras resonaban mucho en mi cabeza: "Nadie puede salir". ¿Cómo iba a conseguir dinero si los negocios a los cuales iba no podrían abrir? ¿Qué iba a pasar con mi escuela?

Mil preguntas pasaron por mi mente, tenía muchas dudas y miedo. ¿Cómo iba a continuar mi año? Miré a Don Juan que aún se encontraba leyendo -como podía- el periódico. Pero no podía escucharlo, seguía sonando en mi cabeza "Nadie puede salir".

-¡Auch!

El bastón de Don Juan hizo que mis pensamientos se disiparan. Siempre que no entendía algo o se daba cuenta de que no le prestaba atención me daba un golpe con su bastón. Él, realmente era un muy buen hombre me encantaba visitarlo, muchas veces me había ofrecido que me quedaría con él, pero mi escuela quedaba bastante lejos del centro así que no podía aceptar su propuesta.

-Pasá vamos a tomar un té, pero quedate ahí que te tienes que limpiar los pies y las manos. Y antes me tienes que hacer un favor, hijito.

-Claro abuelo Juan, como siempre. –le respondí.

Esta vez primero me sirvió el té, dijo que me veía pálido, posiblemente tenía razón, sentía incluso hasta ligero mi cuerpo.

Me regaló un barbijo para que pudiera salir, me dio su típica lista de compras, termine mi té y salí a hacer los mandados. Pasé por el almacén de siempre, había una larga fila. Luego fui a la farmacia donde compraba los medicamentos que Don Juan necesitaba, me encontré con otra larga fila y aun me quedaban dos tiendas más.

Luego de un largo rato ¡por fin! había terminado, regresé a la casa de Don Juan quien me estaba esperando con un balde.

-¿Para qué es eso abuelo?

-Es agua con lavandina, hijo. En las noticias dicen que hay que limpiar muy bien las cosas que se compran antes de ingresarlas a la casa.

Esta vez Don Juan no solo me pagó con tazas de té, sino que además me dio cincuenta centavos, pero no se los quise aceptar, era demasiado. Su bastón no tardó en llegar a mi cabeza.

-Los necesitarás. –me dijo.

Y como siempre, el sabio Don Juan, tenía razón.

Al regresar a la casa del Viejo Oscar, este me dijo que quería hablar conmigo, se lo veía más molesto que de costumbre. Me sentía en deuda con él, así que le di los 50 centavos que Don Juan me había dado, pero ni eso ayudó a cambiar su expresión.

-¡No puedes andar más en la calle! Está prohibido y vos siempre andas sucio, nos vas a contagiar a mí y a Dorothea, si te vas no vuelvas. ¿Escuchaste bien? -dijo un golpazo a la puerta tras sus últimas palabras.

Nuevamente volví a preocuparme, sentía que ante cualquier arranque el Viejo Oscar podría echarme y, esta vez, tenía menos posibilidades de encontrar otro lugar donde quedarme. Así que durante esos quince días de cuarentena traté de portarme lo mejor posible, hacía todo lo que él me decía y además ayudaba a Dorothea con la limpieza.

Pasaron los días y comencé a extrañar a mis compañeros de la escuela, el Viejo Oscar me había dado una radio y en las noticias decían que las escuelas iban a funcionar de manera virtual, yo no entendía nada de eso, ni quiera tenía forma de acceder. Eso me tenía muy mal, pensaba que había perdido mi año escolar y no quería que fuera así.

También, debido a las noticias, estaba muy preocupado por Don Juan, hacía más de una semana que no iba a verlo. Este virus afectaba mucho a los ancianos, pedían que no salieran de sus casas, pero Don Juan estaba solo. ¿Se le habrán acabado sus medicamentos? ¿Necesitará más víveres?

Estaba realmente angustiado, pero al terminar estos quince días de cuarentena iría a verlo, solo tenía que esperar cinco días más. Esos cinco días me parecieron una eternidad, pero no importaba, me sentía feliz porque esa tarde hablaría el presidente anunciando el fin de la

cuarentena, eso significaba que podría ir sin problemas a visitar al abuelo Don Juan.

Pero para mi desgracia, no fue así. Al parecer la situación era muy complicada, el riesgo de contagio era alto y los números de infectados cada día crecían más. Entonces el presidente extendió la cuarentena. Quince días más.

Era un momento muy difícil para todos, en especial para mí, que estaba a kilómetros de mi casa, no sabía cómo estaba mi familia y la verdad es que ya los extrañaba. También me preocupaba no saber por cuánto tiempo más el Viejo Oscar me dejaría quedarme en su casa. Estaba realmente muy angustiado, el estrés que tenía era tanto que me sentía enfermo.

Sabía que sería demasiado arriesgado salir al centro, pero estaba decidido a ver si Don Juan se encontraba bien, había escuchado por la radio que las personas pueden salir con un permiso de circulación, pero cuando le pedí al Viejo Oscar que me hiciera uno se enojó muchísimo conmigo y me repitió que, si me quería ir, la puerta estaba abierta.

-Te vas a enfermar y me vas a matar, nos vas a enfermar a todos. Si te vas, no vuelvas. No te lo voy a repetir. -me gritó.

No quería que se molestara y mucho menos quería quedar como un desagradecido con él, pero mi preocupación era tanta que ya no podía ni dormir. Era arriesgado salir de día, había demasiados controles policiales que detenían a las personas sin permiso de circulación, o eso es lo que el Viejo Oscar decía, por lo cual pensé en salir de madrugada.

Estuve todo el día trazando -en mi mente- un recorrido, por donde sabía que no iba a encontrar con ningún policía.

Llegada la noche cuando el Viejo Oscar apagó la luz del patio, que esa era una señal de que se iba a dormir y era horario de que yo también lo hiciera, esperé unos minutos más. No quería irme de esa forma, así que le escribí una nota y le dejé 25 centavos que tenía ahorrados como agradecimiento. La nota decía: "Gracias por todo anciano, necesito asegurarme de unas cosas. Pero no te preocupes, no voy a volver, lo sé bien. Gracias, Dorothea."

Ni siquiera lo pensé dos veces, no hizo falta, estaba muy decidido en saber cómo estaba el abuelo Juan. Solo quería eso: saber que él estaba bien. Y así comenzó mi camino hacia el centro de la ciudad.

Para mi suerte, había trazado un buen recorrido en mi mente, no encontré a ningún patrullero, solo le veía las luces a lo lejos. Lo malo, es que este camino era bastante largo, así que me tomó más de lo habitual llegar al centro y acercarme a la casa de Don Juan. Ya era muy tarde como para tocarle la puerta, debía estar dormido y no quería asustarlo, así que decidí pasar la noche en una plaza que está a una cuadra de distancia de su casa.

Iba a esperar a que amaneciera, había calculado todo, excepto el frío que hacía por las noches, me estaba congelando. Pero la euforia por mi travesía, pensar en cuidarme de los policías, y el qué diría el Viejo Oscar, me mantenían caliente.

Había aprendido que, si me ubicaba siempre en una misma posición y tenía un punto fijo, cuando el sol tocara ese punto significaría que era tal hora exacta. Por ejemplo, hay un edificio azul en el centro lo suficientemente alto como para que lo veas desde cualquier punto, cuando el sol lo toca significa que son las nueve de la mañana. Así lo había practicado tres veces durante dos semanas, en lo del Viejo Oscar yo no tenía reloj por lo que este método me ayudó mucho a tener noción del horario, y saber cuándo abrían las tiendas a las que debía ir a trabajar.

El sol estaba a punto de tocar ese edificio azul, eso significaba que pronto serían las nueve de la mañana. Por lo tanto, Don Juan ya debía estar levantado, incluso debía ir por su segunda taza de té.

Estaba a solo una cuadra y media de su casa, pero a mi temor le parecía que eran más. El miedo de que me detuvieran era tan grande; pero más, que me detuvieran sin antes ver al abuelo Juan.

Caminé lo más rápido que pude, miré todos los alrededores y, por fin, llegué a su casa. Mi corazón latía a mil por hora, no podía respirar bien, el aire frío no me dejaba hacerlo, además el barbijo -que sabía que tenía que usar- tampoco ayudaba. Esperé unos minutos hasta que pude recomponerme y toqué el timbre de Don Juan. Esperé un instante, pero no me atendió. Tal vez aún estaba dormido, volví a tocar. Pero seguía sin salir, sabía que él tenía problemas de vista, pero escuchaba muy bien así que no era una opción que no hubiera escuchado el timbre. Volví a tocar, esperé y esperé, pero Don Juan no salía.

-Pss...

-Pss... -Escuche.

- ¿Lázaro eres tú? –me preguntó la voz de Don Juan.

-Sí, abuelo, quería saber cómo estaba. ¡Qué agradable escucharlo!

Abrió la puerta y solo vi su bastón acercarse a mi cabeza. Por lo general, me preparaba antes de recibir uno, casi siempre sabía cuándo llegaban, pero éste no lo esperaba. Aun así, me di cuenta que el dolor del bastonazo que Don Juan me acababa de dar en realidad me causó alivio.

-Límpiate los pies aquí y dame tus manos así te pongo alcohol. ¿Qué haces aquí Lázaro?

Mi nombre en realidad no era Lázaro, me llamaba Lautaro, pero Don Juan nunca lo recordaba y yo me cansé de repetirle que ese no era mi nombre, así que dejé que me llamara así.

- ¡Quería verlo abuelo Juan! Me preocupé por sus medicamentos -otro bastonazo.

–No tenías que salir hijo, te pueden detener. Pero mira que tu visita es muy oportuna, justo necesito un favor.

El Don Juan de siempre.

Me invitó a tomar un té con él, como de costumbre, pero esta vez me serví tres veces, extrañaba los tés de Don Juan y de alguna forma, a pesar de que no lo era, me hacían sentir en casa.

-Mirá, la vecina me dio esto para poder salir dice... espera voy a buscar mis lentes...

–...en su cuello, abuelo. –Le respondí.

Lo que la vecina le había dado era un permiso de circulación, el que Don Juan no había completado aún.

-Poné tu nombre Lázaro y andá a hacer los mandados, me faltan muchas cosas así que voy a darte una lista.

Detuve la escritura un momento para observar cómo, con paso lento y con el bastón en una mano, se dirigía hacia la cocina para hacerme esa lista de compras, como siempre solía hacer.

Una sensación de llanto invadió mi cuerpo, no estaba triste, quería llorar de alivio, quería llorar de felicidad. Apreciaba mucho a Don Juan y, en este tiempo, me fue imposible no pensar en él.

Hacía muchos días que no salía a la calle, ni mucho menos al centro, me las conocía a todas, caminé por ellas un montón de veces, saludé a personas, hice amigos. Pero esta vez estaban vacías, muy distintas a como las recordaba, se me hizo extraño volver a salir. Había muy pocos negocios abiertos y cada uno tenía su fila correspondiente. Todas las personas llevaban

barbijo, algunas incluso, llevaban unas mascararas de plástico, así me sería difícil reconocer a alguien. ¡Qué raro estaba todo!

Don Juan me había mandado a hacer unas compras demasiado grandes, parecía que realmente se había quedado sin mercadería. Me fue difícil regresar a su casa, las bolsas estaban demasiado pesadas. Cuando por fin llegué repetí el proceso de desinfección que el abuelo Juan me había enseñado la última vez. Luego me ofrecí a hacerle una sopa de verduras, el invierno había llegado y los días eran bastantes fríos, le haría bien.

Mientras cocinaba, incluso cuando almorzamos, Don Juan me contó historia tras historia. A mí me encantaba escucharlo, me hacía pensar que en todos estos días él tampoco debe haber tenido con quien hablar. Por lo general, en un día normal, yo siempre me iba luego de almorzar, ya que a él le gusta tomar una siesta de unas dos horas, luego de la comida.

-Podrías cortar el césped del patio trasero Lázaro, así cuando me despierte vamos a tomar un té afuera.

-Claro abuelo, descanse tranquilo.

No solo pude cortar el césped, sino que también le arreglé el jardín del frente, que ya estaba crecido y sabía que a Don Juan no le gustaba así.

Mientras tomábamos un té y disfrutábamos el aroma al césped recién cortado, fue mi turno de charlar. Le conté cómo había pasado mis dieciséis días en casa del Viejo Oscar y, además, mi travesía para venir a verlo. En ese momento, ¡Claro!, recibí un bastonazo extra.

Mientras le contaba cómo había planificado todo pude percatarme de que el día había pasado demasiado rápido, pronto iba a anochecer y yo no tenía donde ir. Estaba tan distraído con Don Juan que me había olvidado de mi situación.

-Bueno entonces no hay nada más que decir –dijo Don Juan.

- ¿A qué se refiere abuelo?

-Claro hijo, te quedas acá. Ya tienes el permiso, no tienes escuela y a mí me viene bien tu compañía.

Realmente no había pensado en quedarme en su casa, por lo general, trataba de evitar contarle algunas situaciones angustiosas -como los malos tratos del Viejo Oscar. Pero esta vez me dejé llevar por mis historias, aunque una cosa era cierta, y es que realmente no tenía a dónde ir.

- ¿Está seguro Don Juan? - Otro bastonazo.

-Ven, vamos a preparar tu cama. Mirá en el escritorio hay una computadora, está algo vieja, pero tal vez te sirva para continuar con tus estudios.

Y así fue como pasé el resto de los catorce días en casa de Don Juan, sus historias y sus tazas de té -que jamás faltaban-. Nos acompañábamos mutuamente, la cuarentena cada quince días se extendía más y más, pero esta vez estaba tranquilo porque podía asegurarme de que él estuviera bien.

Gracias a su computadora pude ponerme al día con la escuela, además retomé el contacto con mi familia y me alegraba saber que me extrañaban tanto como yo a ellos.

-Lázaro saca los sillones afuera, está muy lindo el día para tomar un té.

Esa tarde, mientras estábamos afuera le volví a tocar el tema que hacía mucho había dejado atrás.

-Sabe Don Juan, quería decirle una cosa. Yo no me llamo Lázaro.

-Ya lo sé, hijo –Me respondió.

- ¿Y entonces por qué me dice así?

-Porque desde el primer día que me ayudaste a traer las bolsas a casa y regresaste al día siguiente para ver si necesitaba algo, supe que serías mi lazarillo. Por eso, prefiero decirte Lázaro. ¿Más té?

-Por supuesto, Don Juan. -Le respondí con una sonrisa.



Brenda Stefania Acosta

LAZARO EN ÉPOCA DE PANDEMIA

Corría el año 2020 y en el mundo se desato una terrible pandemia. Primero, los asiáticos debieron enfrentarse a esto, luego el resto de los países del mundo, en los que se fue propagando, tuvieron que adaptarse a las nuevas formas en que se contagiaba esta enfermedad, que no distinguía clases sociales, sexo, raza, ni edades.

Fue así que nuestras costumbres fueron cambiando, de los abrazos al saludarnos, pasamos a rozar nuestros codos, de un beso en la mejilla a un gesto con la mano desde lejos, empezamos a comunicarnos a través de una videollamada con nuestros seres queridos, amigos, compañeros de trabajo y de estudios. Nuestros horarios se alteraron, ya que cambiamos el día por la noche, nuestra vida se volvió un caos. Mucha gente perdió su trabajo y por lo tanto no contaba con un ingreso para cubrir sus gastos básicos.

Fue para esa época que comencé a colaborar en un comedor que organizamos en el barrio, dispuestos a ayudar a la gente de la zona, que a veces no tenía para un plato de comida en su mesa, gente que se acostaba con una taza de mate cocido o té con un pedazo de pan como único alimento. Allí conocí a un joven llamado Lázaro, de aproximadamente unos 13 o 14 años, de tez pálida, pelito lacio y desperejo, ojos de color verde como la esperanza de salir de esa pobreza, su ropa desgastada, pero limpia. Se destacaba en el grupo por su capacidad para desenvolverse, con buenos modales, su cara delataba cierta agudeza para resolver situaciones en las que él se beneficiaba.

Lázaro, un niño que nació en un hogar humilde, cuya madre se dedicaba a trabajar por hora como empleada, su padre *solo Dios sabe* qué camino habrá tomado y su abuela lo cuidaba mientras su madre trabajaba.

El niño tuvo que valerse de su ingenio para poder sobrellevar esta vida repleta de obstáculos que le había tocado en suerte. En más de una ocasión, se ofrecía para hacer los mandados a los vecinos que no podían salir, cobrándoles algo a cambio, para ayudar a su familia, algunos agradecían, otros en cambio se aprovechaban burlándose de esto y lo hacían sentir más humillado y triste por su situación.

Pero Lázaro, que de tonto tenía poco, gracias a los consejos que había recibido de su abuela fue superando con astucia las adversidades que se le iban presentando.

Los que se aprovechaban y burlaban de él no se daban cuenta de que el joven Lázaro cuando le encargaban que comprara sus víveres, sacaba de la bolsa un poco de la mercadería encargada y armaba su propio combo y lo vendía aparte a otro comprador. Por ejemplo, en una docena de huevos en vez de 12 el muy pícaro les ponía 11 y de a poco iba formando su propia docena y así sucesivamente iba haciendo con la harina, los fideos, las papas, las cebollas y todo tipo de mercadería.

Cuando su madre se vio imposibilitada de continuar con sus tareas habituales, por estar en época de aislamiento por la pandemia y no pudo salir a trabajar como lo hacía habitualmente, el joven le propuso que ella y la abuela colaboraran haciendo propaganda entre sus conocidos y formaron un grupo de difusión por medio de WhatsApp y de esa forma se incrementara su clientela.

Y así fue como el joven Lázaro creó su propio negocio, en la casa que habitaban acondicionaron la entrada para armar su propio comercio y de esta manera, a base de trabajo,

astucia, sagacidad y habilidad para generar ingresos, a pesar de su corta edad, pudo llevar una vida digna para él y su familia.

Alejandra G. García



Agradezco la colaboración de mi hija Florencia, que me ayudo en la ilustración de esta historia, que fue una de tantas, en esta época que tuvimos que afrontar y ser más unidos que nunca para salir fortalecidos de esta adversidad.

Lazarillo en tiempos de pandemia

Sin duda estos últimos meses han sido caóticos, para el mundo, para el país, para la sociedad, para las familias y para cada individuo que respire en esta tierra. Pero mientras las familias se dan apoyo mutuo ya sea en sus tareas escolares, en su desesperación económica o simplemente en cómo pasar su día a día; mientras esperan “pacientemente” nuevas noticias sobre cómo procederán con la cuarentena, yo, me encuentro levantando a uno de mis hermanitos del suelo, que se ha caído mientras jugaba con el resto de ellos, mientras recuerdo mis penurias y las, ahora, de ellos -como cada día desde el accidente.

-¡¡Lázaro!!- él demanda.

-Mande.

- ¿No te dije que limpiaras toda la casa antes de que tú y la bola de mocosos se fueran? Tengo una cena en casa esta noche.

-Perdón- respondí sin ganas- Me quedé toda la noche intentando que Fernando se durmiera, le están saliendo los dientes y.../

-¡¡NO ME INTERESA!!- me cortó- NO ME HICE CARGO DE USTEDES PARA NO RECIBIR NADA A CAMBIO.

Bien que recibes el salario de cada uno y lo gastas solo en ti -pensé.

-No volverá a suceder, tío. Lo prometo.

-Espero que sea así. Ahora vete y no vuelvas sin dinero.

-Está bien.

Salí de la cocina con Fernando en brazos y mis dos hermanos me siguieron por detrás. Era hora de cambiarnos las ropas por otras más maltratadas y pintarnos las caras con un poco de tierra para parecer más cochinos y harapientos. *Aunque no estamos muy lejos de esa realidad.* Luego tomé las tarjetitas que decían “Ayúdenos, por favor”, que nos dio aquel que se hacía llamar *tío* y me coloqué el barbijo y a mis hermanos.

Era un milagro que la cuarentena en Argentina se estuviera suavizando y se pudiera salir un poco más. Con mis dos hermanos detrás mío y llevando al más pequeño en brazos, nos dirigimos a la parada de autobús. Rogaba que el primero en parar nos quisiera levantar.

Lamentablemente pasaron cuatro colectivos y ninguno quiso llevarnos, lo que era lo más lógico teniendo en cuenta todo lo que estaba ocurriendo. Cuando el quinto se apiadó de nosotros y nos levantó, supuse que podía intentar que alguien entre los pasajeros me diera algo de dinero a cambio de estas tarjetas, al menos, así funcionaba casi siempre. Pero, para mi mala suerte no fue así. La gente me ignoraba y se hacían para un costado, cubriéndose el rostro. A mí se me encogió el corazón, quise llorar ahí mismo.

Quise llorar más que cuando desaprobé en la escuela.

Quise llorar más que cuando mis padres no llegaron a buscarme. Quise llorar más que cuando vi a ambos en una camilla en el hospital. Quise llorar más que cuando dijeron que jamás despertarían.

Quise llorar más que cuando nos dejaron a cargo de nuestro “querido” tío. Quise llorar más que cuando el doctor nos llamó para darnos una mala noticia. Pero no más que cuando me tuve que despedir de ellos.

El colectivo se detuvo y bajamos para comenzar a caminar hacia alguna plaza o lugar con gente para poder pedir dinero, o en el peor de los casos yo tendría que robar.

Lo odiaba, odiaba tener que vivir con esto, odiaba no tener ninguna otra familia que aquel hombre que se hacía llamar nuestro tío, deseaba tener a alguien que nos diera de comer más de una vez al día, deseaba tener a alguien que se preocupara por nuestra educación, deseaba tener a alguien.

El día transcurría y por suerte una que otra persona nos daba algo, pero, nadie nos daba lo que realmente necesitábamos.

El sol se escondía, y mientras miraba a mis hermanos en un banco de cualquier plaza jugar, mi vista se fijó en una joven pareja. Ellos llevaban de la mano a un niño de, al parecer, casi mi edad -tal vez nueve- muy felices, demasiado. Y, en ese momento pensé que aun en esta situación de pandemia, de miedo y adversidades, aún quedan personas así. Y pensé en lo afortunados que eran y no lo sabían.



Ariana Aranda
A

Lazarito en tiempo de pandemia

Lazarito era un pequeño niño con apenas ocho años, su madre era una mujer trabajadora que se levantaba todos los días a las cinco de la mañana para ir al mercado y poder recibir las monedas, que se ganaba en su trabajo limpiando las verduras.

De repente, un buen día -de la noche a la mañana- su mamá se entera que no puede ir más al mercado. Resulta que el comité de salud, junto con el presidente de la nación, pusieron en conocimiento a todos los trabajadores que una "pandemia" muy grande, la más grande del mundo, había llegado a nuestro país. Este virus se llama COVID-19.

Su madre desesperada no sabía qué hacer, no dejaban trabajar a nadie y cada uno debía ir a su casa a seguir un protocolo. Su mamá sufría porque no sabía cómo enfrentar todo esto y no tuvo más remedio que resguardarse en su casa cumpliendo con todas las indicaciones sanitarias: limpiar con lavandina los pisos, colocar trapos con lavandina en la puerta, tener su alcohol para las manos, luego de lavárselas. Así tenía que estar en silencio en su casa cuidando de Lazarito y de su hermanito Lauty.

Lazarito que veía a su madre llorar todos los días porque la comida no alcanzaba, decidió salir a buscar el pan de todos los días. Su padrastro, el hombre que estaba con su madre, no trabajaba y lo maltrataba. Pero, a Lazarito ese hombre no le importaba, solamente salía para conseguir comida para su mamá y su hermanito.

Los únicos negocios que podían estar abiertos eran los almacenes, las carnicerías y las verdulerías. Entonces, Lazarito fue a la verdulería de don Salvador, un hombre muy bueno de la zona y le pidió trabajo -sabía que no podía trabajar por ser menor y por la pandemia-. Pero, le dijo a don Salvador que su mamá y su hermanito no tenían para comer y necesitaba ayudar, ya que el padrastro no lo hacía y lo maltrataba.

Don Salvador al escuchar su relato lo dejó en su verdulería, pero debía estar detrás del mostrador con el barbijo y sus guantes, porque de lo contrario no podría quedarse, debía cumplir con el protocolo.

Lazarito iba todas las mañanas en su bici, por un caminito donde nadie podía verlo, hacia el mercado. También tomaba el té con don Salvador, hablaban todas las mañanas de cómo sería la vuelta al cole, aunque las maestras estén mandando las tareas no era lo mismo que estar con sus compañeritos y delante de ella. Sentía mucha nostalgia y contaba los días para volver, pero ya habían pasado noventa días sin ir a la escuela. Se decía en el pueblo que estarían por estirar la cuarentena hasta julio.

También le contaba a don Salvador que extrañaba profundamente a sus abuelitos, que son lo más preciado para él.

Pero, lo único que ocupa su cabecita ahora es ayudar a su mamá que es muy frágil y el hombre que está a su lado no la atiende como se merece, ni siquiera trabaja: duerme todo el día. Lazarito le pidió a su madre que lo deje, que él va a ganar mucha plata y se van a ir a vivir a otro lado.

Don Salvador le dijo a Lazarito que lo va a ayudar mientras trabaje y no deje de hacer las tareas de la escuela. El niño contento fue corriendo a su casa, se olvidó que había llegado en bici, pero la alegría que sentía era inmensa y no le importaba nada. Entró cansado y agitado a su casa y le comentó a su mamá que pronto iban a ser ricos y la iba a sacar de la pobreza, y de esa casa que tantos sufrimientos le traían, y que su hermanito iba a tener todo el amor del mundo. Solo queda esperar que esta pandemia termine y que todo sea felicidad para ellos.

Así todos los días, hasta que la cuarentena se levante, irá al mercado de don Salvador, trabajará y estudiará como le prometió a ese buen hombre.

Analía Pastor

Lazarillo en pandemia

Y así iba mi vida cuando empezó a correr el rumor de una pandemia primero chiste y después se volvió una realidad.

Primero pasaron los patrulleros “invitándonos” a circular:

- ¡¡A sus hogares señores!!

Empezamos a caminar con dos más, ni los nombres sabíamos, pero nos acompañábamos. Llegamos a un puente cerca de la Isla de los Patos y por más que caminamos para el mismo rumbo, no me quería descuidar de los cumpas.... Ya estaba harto de perder lo poco que tengo.

Un par de días después ya nadie andaba en la calle y nos miraban raro, porque no nos tapábamos la boca. Pero si ellos parecían extraterrestres con plásticos, guantes, barbijos para cubrir los rostros: parecían dibujos animados salidos de revistas de niños.

Nos duró poco el lugar del puente, nos mudamos a las ruinas de la cervecería, pero también ahí llegaron las autoridades, ahora del municipio y sin muchas opciones nos subieron a una tráfico llena de gente con tristeza y hastío en la mirada. Nos alojaron en un hotel en pleno centro, chiquito pero muy comfortable, lo que no era muy amigable era la cara de los empleados

Me bañé y dejé que el agua caliente me sacara la huella de mucho tiempo en la calle, bajé y en el comedor armamos rueda, íbamos a tener comida y por la cuarentena no tendríamos frío. *...que por el contagio, que por prevención...*

Pero caminar ahí adentro sin salir, sin poder marcar mis tiempos y sin poder huir de la mirada de desprecio, se me hizo muy difícil permanecer ahí... Y casi sin decir palabras salimos con los dos cumpas a buscar de nuevo ese lugar que nos cobijara con libertad y todo. La dignidad no venía con la cama tendida y la comida dos veces al día, como perros nos servían.

Y así empezamos a buscar dónde y recordé una vecina que el invierno pasado me dejó dormir en una tráfico vacía, abandonada en la puerta de su casa.

Y así fue como Doña Susana nos dejó estar ahí y no sé qué tendría de maravilloso que hasta unos periodistas llegaron donde estábamos y nos llevaron colchas y comida: casi un milagro de la pandemia, en ese lugar de esta ciudad que es nuestro hace un tiempo.

Y, a veces, cuando el frío de la chapa cala muy profundo en el alma y no deja dormir, cierro los ojos y sueño que esta carcaza comienza a andar y nos lleva a donde el sol se esconde detrás del agua, perdido en el horizonte. Y el sol calienta el alma y distrae el dolor de los huesos.

María Elena Sosa

Voz de Esperanza en el Hogar

Era el comienzo del otoño, todo era normal para las familias de la ciudad de Córdoba: hacían sus compras, los chicos iban a la escuela, los adultos a sus trabajos, las familias salían a pasear. Toda la rutina era normal.

En medio de tantas familias, en un barrio que estaba muy lejos del centro del centro de la ciudad, estaba la familia del pequeño Lázaro. Era una familia con muchas carencias, sobre todo económicas. La madre de este niño se esforzaba por mantener a sus hijos: Lázaro de 10 años y Andrés de 7.

Su padre, un hombre que había sufrido tanto maltrato en su niñez, era un padre ausente. No estaba nunca en su casa, él decía que vivía ahí, pero solo parecía una visita en la casa. Solía irse y volvía con la excusa de que iba a cambiar, pero solo lo hacía para robar el dinero que su esposa lograba juntar para pagar la electricidad. Los niños ya se habían acostumbrado a la imagen de su padre: un hombre muy mentiroso y que no podía dejar de robar para saciar su deseo de beber alcohol.

Una mañana de otoño, Lázaro y su hermano menor preparaban sus guardapolvos para llegar a tiempo al comedor de la escuela; era lo que más los emocionaba, tener un plato de comida frente a ellos y poder disfrutarla como si fuera el último plato de comida que fueran a comer.

-¡Apurate André!- gritó Lázaro a su hermano- Sacate esa lagaña del ojo y vamos, si no nos quedamos sin comer hasta mañana.

Su madre les enseñó que debían aprovechar y comer bien ahí, ya que a veces no tenía el dinero para comprar algo de comida.

-Dejá de gritarme, ya te escuché bien- le contestó Andrés- Dale, dale vamos, tanto que me apurá.

Llegaron a la escuela, tuvieron clases, todo normal hasta que volvieron a su casa luego de la escuela. Vieron a su mamá que estaba conversando con la vecina de lo que salía en las noticias de la televisión.

- ¿Y ahora qué voy a hacer? No me van a dar trabajo y si las escuelas cierran los chicos no comen. - Hablaba preocupada la madre con su vecina.

- ¿Qué pasa má? ¿Por qué las escuelas cierran? ¿No hay más tarea? - preguntó Lázaro, emocionado por no tener más tarea.

Su madre intentó explicar lo que estaba pasando:

-No te pongá tan feliz, Lázaro. El presidente dijo que debemos quedarnos encerrados en la casa, no vamos a poder salir por.../

- ¿¡Qué!?- interrumpió el niño a su madre- ¿no voy a poder jugar afuera con los chicos? No, má... eso debe ser para otra gente- continuó diciendo- No, no, no, ¡Pará!

Si no se va a poder salir a ningún lado...- se quedó en silencio pensando- 'tonces ¿no vamos a comer en la escuela?

-No, Lazarillo- dijo su vecina.

-Pero, ¿y por qué? ¿qué pasa? ¿Nos van a matar si salimos?

-Ay, este chico, no se detiene a escuchar ni presta atención- se rió la vecina mientras se agarraba la cabeza.

La madre de Lázaro lo llevó adentro de su casa para terminar de contarle.

Luego de que hablaran, el niño dijo:

-'Tonces, hay un virus que enferma a las personas, ¿un virus que salió de un murciégalo? ¿No era mejor comerse un asado? ¡Uhh, qué rico un asado! - dijo soñando- Má, nosotros tendremos hambre, pero nunca nos comeríamos a una rata con alas, no 'tamo tan locos.

-Ay Lazarito, ¿qué será de mí todos estos días con ustedes? -dijo riendo la mamá. Y así pasó una semana, todos se quedaron dentro de la casa. La madre solo salió para comprar un poco de pan y una caja de té, fue lo que le alcanzó con el último sueldo de aquel trabajo de limpieza.

Semanas después, una noche mientras tomaban té con un delicioso pan casero, Lázaro le hizo algunas preguntas a su madre:

-Má, yo te escucho en las noches hablar con alguien. Hasta llorás. ¿Quién 'ta con vo'?- preguntó muy curioso.

Su madre dejó la taza de té en la mesa y respondió:

-Lázaro, hablo con quien no nos deja nunca...

-Naah, el papi no es.- interrumpió Lázaro.

-Hijo, yo todas las noches hablo con Dios. Le doy gracias porque nos trajo a la casa y no nos deja salir para que yo los pueda disfrutar.

- ¿Qué? ¿Dios? ¿Esite? Siempre escuché al pé decir que no esite, que si así fuera él no tendría que salir a robar.

-Dios es real, Lazarillo -dijo su madre con firmeza- Quiero contarles algo.

-¿Qué?- dijeron los dos niños.

-Desde que la pandemia no me deja trabajar, yo no he tenido plata para comprar comida. Y se darán cuenta que tampoco los mandé a robar como en otro tiempo les decía. Sin embargo, nunca nos faltó el pan en la mesa.

-¿Saliste a robar vos? -preguntó sorprendido Lázaro.

-¡No! Le dije a Dios que nos diera el pan de cada día... Todas las mañanas, bien temprano, viene un hombre con los ojos llenos de humildad, golpea la puerta y no dice ni una palabra. Solo me da un pan casero gigante y una caja de leche y se va. Lázaro y Andrés se miraron sorprendidos. El más grande dijo:

-¿Quién es? Quiero verlo para decirle que tome la merienda con nosotros. Su madre rió y el niño continuó diciendo:

-Ma, yo te preguntaba con quién hablas, porque era tarde y tu voz me despertó. Decías: "Dios sos real. Sé que no es bueno robar y no quiero que el Lázaro robe". Pero, ahora yo también creo que es real y que no es bueno robar.

Desde esa noche el Lazarillo, a su corta edad, eligió a Dios servir, con toda su familia y pasos buenos seguir.

Luz Aguirre

Lázaro en tiempos de pandemia

Mi nombre es Lázaro, no tengo familia ni una casa. Todos tienen familia, dirán algunos. Pero si alguien me pregunta ¿dónde está tu familia, Lázaro? Solo respondo no lo sé, no me acuerdo o evito el tema. No tiene sentido pensar en el pasado o cómo llegué aquí, el día de hoy.

Mi vida trata del presente, el día a día, conseguir unas monedas pidiendo limosna en plazas o en el centro de la ciudad o, en alguna ocasión, intentar sustraer alguna billetera o monedero descuidado en algún bolsillo, aunque en pocas ocasiones estas terminen siendo un éxito. La mayoría de veces concluyen en huida inminente, corriendo sin parar o con las fuerzas que tenga ese día.

Hay días más difíciles que otros, como cuando son varios los días en los que no tengo la suerte de conseguir comida, es visiblemente más difícil tener fuerzas para correr. Por suerte, sé de varios escondites en la ciudad, así como tiendas de comida rápida o bares donde puedo encontrar algunas sobras: si alguien en la misma situación no se me adelantó o algún animal callejero me ganó.

La normalidad de mi día a día, de un día para otro cambió. De pronto, los niños que solía ver caminando con sus mochilas y uniformes ya no se ven en las calles de camino a sus escuelas... ¡Cuántas veces soñé ser como ellos!

Los días pasan y las personas son menos en la calle. Pienso que ya va a pasar y trato de no preocuparme. Pero, como temí, la gente sigue disminuyendo y eso solo me hace pensar que mientras haya menos personas, menores son mis posibilidades de conseguir limosna o algo para comer.

La poca gente que se ve en la calle, lleva algo en sus caras tapando sus bocas y nariz. Es confuso y no entiendo por qué.

Ahora también los negocios cierran y mi posibilidad de encontrar sobras, también.

Escuché a un hombre hablar del enemigo invisible, un policía mandar a sus hogares. Pero ¿si yo no tengo un hogar?, ¿a dónde voy? Y si ya no hay negocios ni personas en las calles ¿qué posibilidades tengo ahora de conseguir qué comer hoy?

El rechazo con el que me miraban las personas parece más intenso... Al parecer, vivir en la calle con el enemigo invisible es malo. Ahora estar con otros es malo, hasta las personas en situación similar a la mía se alejan, algunas son llevadas aparentemente para ser ayudadas o tal vez no. No lo sé. Es todo muy confuso y no logro comprender.

Yo solo puedo correr y esconderme cada vez que un policía o alguien se acerca, quizás quieren ayudarme... Pero me confunde, porque escuché acercarse a otra persona es peligroso,



¿y si aceptar la ayuda me mete en más problemas que el de solo buscar qué comer el día de hoy y un refugio para dormir en las noches que empiezan a ser más frías?



Me pregunto qué debería hacer, después de todo solo soy un niño.

Si de verdad alguien puede ayudarme, ¿debería aceptar la ayuda o todas las personas son malas como las que en oportunidades he conocido y mi mejor opción siempre fue escapar?

¿Estar solo o algunas veces con la compañía de algún simpático perro callejero acompañándome unas calles y luego huyendo, al igual que yo, con el objetivo en común de sobrevivir?

Débora Stefania González

El Lazarillo en pandemia (y en Argentina)

Antonia, mi madre, trabajaba limpiando la casa de Isabel que hace unas semanas volvió de vacaciones de Brasil. Isabel dio positivo para Covid-19 y como mi mamá estuvo en contacto también dio positivo, al enterarse de esto me llamó y me dijo que iban a venir a realizarme el hisopado. Para mi suerte salió negativo.

“¿Qué hago ahora?” Me pregunto, sólo soy un chico de 14 años que está solo, que no tiene para comer y no sabe si su madre se va a recuperar, voy a salir para pedir comida, llevo barbijo y un poco de alcohol en gel que me regalaron.

En la esquina está la rotisería de don Francisco, un señor que es medio tacaño y poco agradable. Hace un día que no como nada, solo tomé un par de mates, llegué a la rotisería y le pedí comida a don Francisco que me miró de arriba hasta abajo de una manera despectiva y me dijo “no, pibe, para vos no tengo nada” y yo le respondí “por favor, si quiere puedo ayudarlo en lo que necesite y me paga con comida”. Entonces, el señor aceptó y me mandó a lavar los platos y cubiertos.

A medida que pasaban los días me asignaba más tareas y trabajaba 8 horas, cuando se flexibilizó un poco la cuarentena empecé a llevar algunos pedidos a vecinos del mismo barrio, iba en bici a dejarlos y a veces volvía contento porque me daban propina, con esa plata cargaba crédito en mi celular y podía llamar a mi mamá que está internada. Estoy muy preocupado porque no sé si la voy a volver a ver una vez más, la extraño mucho y quiero estar con ella.

Trabajo, pero en mi tiempo libre trato de hacer los trabajos prácticos que me llegan. Me cuesta muchísimo, le conté sobre mi situación a los profesores y a mis compañeros, todos se lamentaron y me ofrecieron ayuda. Mis compas recolectaron mercadería y un profe pasó a buscarla y la trajo hasta mi casa. Además de los alimentos me ayudan con las actividades de la escuela, me envían resúmenes, cuadros, videos y audios así puedo entender mejor los temas.

A pesar de todo el mal momento que estoy pasando, logré enviar las tareas y recibí felicitaciones porque todas estaban bien.

La cuarentena sigue, cada vez que habla el presidente agrega dos semanas más de cuarentena, parece que no va a terminar más. Don Francisco ya no es tan duro conmigo y a veces me da alguna milanesa.

Ayer recibí un mensaje de mi mamá, me dijo que está mejor y que me extraña. Yo también la extraño y solo espero verla muy pronto...

Ana Baldiviezo Sandobal

Eterno retorno

Se hace de noche en las calles de tierra del barrio El Retorno. Los pocos chicos que quedaban pateando una pelota entre charcos hediondos y restos de basura vuelven a sus casas. No tanto por la falta de luz y calor naturales, sino porque ya se escuchan los primeros balazos. Esos sonidos son como un toque de queda para ellos, nadie tiene que decirles que se metan adentro; solitos se van corriendo a sus ranchos.

No hay clases; no hay tareas, porque no hay Internet y porque no son muchas las maestras que se atreven a penetrar en esos infiernos de barro y cartones que parodian las calles de más abajo.

La cuarentena aquí no es obligatoria. Tampoco es posible que entre el maldito virus. A lo sumo, la gente se muere de algo, nunca se sabe de qué. Después de todo, de algo hay que morir.

Brunito no juega a la pelota con los demás. Cuando hay hambre no queda mucha fuerza para jugar. Hoy desayunó un mate cocido con una rodaja de pan. Su papá postizo lo sacó en el carro a cartonear. Era temprano y hacía mucho frío. Él se encarga de recolectar, mientras el padre lo espera en el carro. A veces se distrae mirando los autos o la gente que sale a trabajar, o los padres de otros chicos subiéndolos a sus autos para llevarlos al colegio. Sueña con eso. Hasta que los gritos e insultos de ese hombre que ni siquiera es su padre, lo traen de nuevo a la realidad.

Está dura la calle. No hay consumo, por la cuarentena. Los comercios están cerrados, es muy difícil conseguir material y de eso depende cada comida. La mamá de Bruno hace changas para una cooperativa tres veces por semana. Los días que trabaja, los chicos se cuidan solos (si a eso se le puede llamar cuidado); ella camina las cuarenta y pico de cuadras que la separan del local de la cooperativa, pues no hay una sola línea de colectivo que pase cerca de su casa. De paso, se ahorra unos pesos. Ahora no está trabajando; por la cuarentena, está prohibida la circulación de personas que no tengan actividades esenciales. Y ella no es esencial.

Brunito tiene ocho hermanos; él es el quinto. Su único, verdaderamente hermano es Jonathan, un año y pico mayor que él. Los primeros tres son hijos de Diego y los que les siguen a ellos dos son del actual novio de la madre, Carlos. De su padre sabe muy poco, casi nada, porque se fue cuando faltaba poco para que él naciera. El mayor de los hermanos, o hermanastros, le contó que se fue porque lo buscaban los de la banda del Colo, unos tipos medio bravos con los que tenía una deuda, producto de unos malos negocios. El Colo se les aparecía cada tanto para amenazarlos a todos ellos, creído de que le ocultaban el paradero del Ricky. La verdad es que al Ricky no le vieron nunca más el pelo, y algunos aseguran que se fue de la provincia. El Colo no era el único que andaba atrás de él.

Brunito y algunos de sus hermanos colaboraban con la economía familiar. Sabían que, si no lo hacían, no les daban de comer. De modo que se las tenían que arreglar como fuera para traer el mango a la casa. Desde que estaba el Carlos viviendo con ellos, las cosas habían cambiado mucho. No es que nadie se atreviera antes a ponerles un dedo encima, pero con él la cosa era distinta. La verdad es que casi nunca les pegaba; pero la plata tenía que estar siempre. Si no, sí que se encabronaba y, ni Bruno, ni los hermanos querían volver a pasar por esas situaciones.

Carlos no soportaba tener que trabajar de lunes a viernes y que le faltara para la cerveza el fin de semana, y lo que él juntaba apenas alcanzaba para las mínimas comidas de la semana.

La cerveza lo ponía muy alegre, y era muy gracioso, porque cuando se picaba, se ponía a gritar pavadas sobre todos ellos. Los vecinos se juntaban a tomar con ellos. Eso, a veces, terminaba mal.

Bruno sabía que algunos negocios había en su zona; la madre siempre le había advertido que jamás se metiera y con quiénes no había que cerrar ningún tipo de trato; se los nombró uno por uno. Pero cuando el Carlos empezó a presionarlos por la plata y a amenazarlos con dejar de darles de comer, Bruno pensó que buscar algún *yeite** con ellos no sería peor que pasar hambre. Después de todo, eran sus vecinos, y siempre fueron piolas con él.

Un día fue hasta la casa del Walter. El Walter era amigo del Colo. Ellos dos, junto con otros, eran los principales repartidores de *merca* en la zona. Tenían unos competidores, pero se las habían arreglado para que no se metieran en su zona. Bruno se ofreció para hacerles algunos mandados, pero el Colo no le confiaba mucho, por ser el hijo de un traidor. Así que primero quiso ponerlo a prueba: la oportunidad llegó una tarde cuando el Colo, sabiendo que la policía estaba por caer al barrio (siempre lo saben), lo mandó a repartir pedidos, en el mismo instante en que los patrulleros entraban en el barrio. Bruno quedó atrapado en una balacera furiosa a plena siesta. Una bala le rozó el cuero cabelludo. Como sangraba mucho, se lo llevaron a la Inés, que era la que los atendía a ellos cuando quedaban heridos de bala y querían evitar los hospitales. Inés lo peló, le echó un poco de ginebra en la herida, en la que aún quemaba el roce de la bala, y le envolvió la cabeza con un trapo que sacó de una caja de cartón.

Cuando llegó a su casa, ya era casi de noche. Su madre le reprochó la tardanza con gritos e insultos (el Walter y el Colo lo habían ocultado en la casa de Inés hasta que la policía se fue del lugar) y el Carlos, cinto en mano, le pidió, explicaciones sobre su estado y sobre su herida, y asumió que se había estado gastando una plata que, en definitiva, ese día, no había ganado. Por supuesto, aquella noche, ni él, ni sus hermanos mayores, probaron bocado.

Pasó un tiempo hasta que los de la banda del Colo le tomaron confianza al Bruno. Poco a poco, él y su hermano se fueron acomodando a esa nueva normalidad; después de todo, las carencias solo habían variado un poco su ritmo, su frecuencia, pero eran las mismas de siempre.

Esta noche va a helar, seguro. El frío volverá a congelar los charcos



pestilentes. Bruno y sus hermanos se van a amontonar en el colchón para darse calor unos a otros. Los más chicos, los que sí comieron, se burlarán de los otros hasta que por fin se queden dormidos.

A Bruno, el hambre no lo deja dormir. Se queda escuchando el silencio, interrumpido por algunas voces trasnochadas. Algún que otro balazo cruza el sueño fingido de una noche sin final. Mañana será otro día. Pero mañana es ya y en un rato hay que salir a cartonear.

Alejandra Fritzs

**yeite: asunto, negocio, "curro".*

MI PROPIO LAZARILLO Y SUS AVENTURAS EN CUARENTENA

Han pasado muchos días de cuarentena obligatoria en Argentina.

En el barrio de Alan el aislamiento se cumple como se puede, sucede que, en este barrio ubicado en sur de la ciudad de Córdoba, reside gente trabajadora que busca la manera de llevar el pan a la mesa de su casa de una u otra manera. Otros pueden llevar este tiempo de pandemia y aislamiento con mayor tranquilidad.

Alan tiene 12 años. Es amante de la música, de las historias de piratas y de las aventuras. Este año es su primer año de secundaria (¡Qué año!), aunque fue poco el tiempo que pudo asistir presencialmente a su escuela, le bastó para conocer a sus compañeros y pegar muy buena onda con ellos.



Él vive con sus padres que pasan sus días trabajando desde su casa y ayudándolo con sus tareas. Alan es absolutamente consciente y sabe que no todos sus compañeros corren con suerte, ya que no reciben ayuda de sus padres o no tienen las herramientas necesarias para llevar el aprendizaje de manera virtual como quisieran, pero trata de ayudarlos en lo que puede.

Son tiempos de extrañar, de desear poder volver a vernos, ya sin peligro de contagio y abrazarnos. Exactamente eso le pasa con su abuela Lila, madre de su padre, con quien ha logrado mantener su ritual estos días.

Lila era la encargada de contarle historias muy disparatadas e increíbles cuando dormía en su casa, y encontró la manera para que la cuarentena no trunque ese hermoso ritual. Cada noche era su momento de conectarse, vivir divertidos momentos y sentirse un poco más cerca.

Tienen un trato, todas las semanas los encuentros serán temáticos: una, tocará disfrazarse al estilo de los '80; otra, leer novelas y poemas; después vendrán más actividades: cocinar, viajar imaginariamente por distintos países (y, por supuesto, hacer todo lo posible para sentirse allí de verdad), inventar canciones...

Unas de esas noches el pequeño se acostó y recordó esos campamentos inolvidables del verano, donde tan bien la había pasado y tanto se había divertido en la búsqueda del tesoro, con las canciones en el fogón, armando las carpas y, por supuesto, con sus amigos... siempre sus amigos...

Se durmió con una sonrisa y deseando que esos momentos vuelvan pronto.

Candela Pucheta

22 de mayo de 2020

La señora Alicia me persigue con que haga un diario de la pandemia para que le cuente a mis hijos cuando sea más grande. A pesar de mis escasos quince años, parece ver a un hombre adulto en mí. Ya van a ser dos meses casi que están todos encerrados, pero yo no me preocupo demasiado. La señora me manda a hacer las compras rápido y, a veces, me pide que la acompañe al doctor cuando me ve en la calle. Le duele el ojo derecho y a veces, la cabeza. Dice que es por la catarata que se le está formando, pero tampoco se quiere operar. Yo no la entiendo, pero tampoco le quiero discutir. Escribir un diario hace que me duela la mano, hace muchos años que no escribía a mano de nuevo sobre un cuaderno. Una agenda vieja en este caso. Mañana sigo.

25 de mayo de 2020

La señora Alicia estuvo durmiendo todo el día ayer, así que aproveché para salir un rato a la siesta. Hay poca gente en la calle, y a veces los escucho decir lo mismo, pero con diferentes palabras: "están hartos de la cuarentena". Me recordó a la señora cuando se quejaba a la salida del hospital Rawson, mientras hacía señas a un taxi con su bastón nuevo de madera. Me dio dos monedas por abrirle la puerta del coche y se fue. La vi otra vez dos semanas más tarde, su cara me era conocida y no sabía de dónde. Cuando salió, le abrí la puerta del taxi, me dio dos monedas y me saludó sonriente con dos golpecitos en el brazo. Ahí la reconocí.

A veces, la señora Alicia me deja dormir un par de días en su casa, en el cuartito del fondo. Otras veces cuando tiene visitas, solamente me guarda en un taper un poco de su comida y me lo lleva hasta la esquina frente al hospital donde estoy.

28 de mayo de 2020

La agenda vieja que me dio la señora Alicia tiene escritos varios números y nombres raros, parecen certificados médicos, algunos. Cuando se lo recuerdo, en broma me dice que no me tiene que importar y que siga escribiendo, enojada. Entonces no le digo más nada. Anoche me invitó a comer y me contó sobre su vida y me preguntó por mi familia. Me dio un poco de vergüenza y le mentí. Un padre cirujano y una madre desaparecida no me parece una historia linda para contar, y no me siento listo para decirle a ella.

30 de mayo de 2020

La señora Alicia me dejó dormir de nuevo en su casa otra vez, porque dijo que me necesitaba para que la acompañe al hospital otra vez. Me prestó una camisa larga a rayas celeste y un jean viejo de su marido para que me dejen entrar con ella, según dijo. Me contó que su esposo era un hombre de buen vestir, pero que cuando enfermó solo usaba eso.

Siempre se siente raro cuando acompaño a la señora a algún lado. Cuando quiere ir al mercado ella, o volvemos del médico y la espero hasta que abra la puerta de la casa para entrar, la policía nos mira o nos para, y después de unos minutos, nos dejan tranquilos. Yo sé por qué lo hacen, y la señora Alicia dice que son unos teatreros. Yo me cago de risa, pero por dentro me envenena.

Esta noche es la última que la señora Alicia me va a dejar dormir en su casa. Me enseñó a cocinar una sopa picada, mientras ella estaba sentada en un banquito de madera en el comedor y me indicaba todo. Estaba agitada, más que de costumbre, y solo había bajado las escaleras.

Le puse todos los condimentos que ella me dijo que le quedarían rico, pero apenas comió dos cucharadas porque dijo que no le sentía gusto a nada. Estaba algo desganada. Quizás se resfrió por el viento del otro día.

31 de mayo de 2020. 02:25 a.m.

Llamaron por teléfono a la señora Alicia del médico y le dijeron que los análisis estaban listos y que irían por la mañana a verla. No quiso decirme cómo habían salido. Me dijo que podía quedarme con la camisa y el pantalón, pero que necesitaba que me fuera temprano para que no me vieran los doctores cuando llegaran. No entiendo por qué, pero espero que se ponga bien rápido.

Franco Ruiz

La Sara

¡No, no, no señor Juez! No puede estar diciéndome semejante barbaridad. Yo entiendo la pandemia, los chinos, el coso ese del virus y qué sé yo, pero no me puede dejar presa por querer volver a mi casa. Hace 90 días estoy dando vueltas por medio país, con apenas unos pesos para poder volver a mi casa con mi mamá ¿y ahora me quiere meter presa a mí? Si los que tienen que estar presos están cómodos en sus casas, en sus sillones fumando sus cigarrillos, esos que estafan y se aprovechan de pobres diablitas como yo, están chochos y sin preocuparse.

Ya sé que no me quiere escuchar, yo tampoco quisiera escuchar las verdades de una mugrienta, como le escuché decir hace un ratito no más. Tampoco quiero estar acá, quiero estar en mi casa con mi mamá enferma.

Hace noventa días estoy intentando estar a salvo y no puedo, desde que llegué a la ciudad de Córdoba a fines de febrero parece que todos los santos me han dado la espalda. Si tenía un trabajo, uno de esos horribles pero que me dejaba estar bajo techo unas horas con el aire acondicionado de otro encendido, pero no podía comer ni las sobras de los niños que cuidaba, ni agua en la heladera me dejaban, y así también me golpeaban como diversión esos mocosos malcriados, pero era trabajo, ¿vió? Había que portarse bien y callar las broncas, eran un par de horas fresca en casa ajena. Pero - "No vengas más"- me dijo la madre de los mocosos. A ella también le "afectó" la cuarentena. Con el bolsillo lleno le afectó. A mí no. Ni un pedazo de criollo viejo pude llevarme de la casa. Nada. Ni mi libro, uno que leía mientras los mocosos miraban tele y no se peleaban ni me tiraban juguetes o zapatillas a la cabeza. El padre me dijo que no tenía plata para pagarme, que si me necesitaba me llamaba. Sí, claro...

Cuando llegué a mi casa, mi novio me dijo de todo, revoleó algunas cosas mías y me echó porque ya no tenía trabajo. Me sacó con una mochila y a mi suerte. Si no podía pagar mi parte del alquiler no podía seguir con él, la plata puede más que el amor, no?

Después quise juntar unos pesos para poder tomar los últimos colectivos que había para el sur, pero no llegué, no tenía quién me fiara un pasaje, eso de las tarjetas de crédito es para otra clase de gente por lo que puedo ver.

Le vendí mis zapatos a un travesti que me crucé en la plaza antes de notar a la policía que venía con las luces del patrullero apagadas, casi nos agarran. Igual tampoco podía ir a comer a la plaza como iba antes, porque ni a los buenos los dejan salir. *El bicho chino ese se está haciendo el vivo*. Parecía que no llegaba más, pero parece que en avión se viaja rápido desde el otro lado del mundo. Para traer un bicho que nos mate a todos también hay que tener plata, por eso estoy acá, yo por caer en cana y los que traen muerte *como Pancho por su casa*. (¿Cómo no voy a estar enojada?!).

Una mujer me llamó para que limpiara su casa, un departamento gigante. Ahí sí que la policía me dejó pasar por el puente, no dijeron nada, me vieron pobre diablita con las rodillas mojadas de fregar pisos y baños, y pasé. Ahí sí dieron agua, y el niño de la casa me charló todo. Ese día me pagaron bien, no me llevé nada de la casa, aunque de los pantalones colgados en el balcón caían billetes olvidados.

Tuve que esperar, aguantar el hambre y el frío, otra vez el calor. Así estuvo de loca Córdoba este mayo, dicen que fue el más cálido no sé en cuántos años. Lo escuché al pelado de la tele decir eso, capaz usted lo leyó mejor.

Señor, yo me quiero ir a mi casa nomás, me quiero encerrar con mi mamá y con mi perra, darme un baño y tomar un té. No llevo ningún bicho, ni cosa de otras personas, quiero volver. El virus tiene patas largas, pero quiero ser más rápida.

Tengo que llegar a tiempo. No puedo estar guardada. No puedo. Mi madre está enferma y sólo la tengo a ella. No tengo un mango, no tengo nada, tengo que volver a mi casa. En el sur no hace tanto frío como en la calle, no voy a sacarle nada a nadie.

En los últimos días barrí la peluquería de una amiga, aprendí a depilar, depilé con cera a un montón, con el barbijo húmedo sin poder respirar, pero *es mejor que el respirador* dijo un negro en la calle. No es joda ni nada meter cera caliente a otra, parece que la vas a quemar y recibir otro bollo, como mínimo. Así junté lo último que me faltaba para aguantar el viaje, pero me ve acá.

Tengo hambre, estoy sucia, cansada y encima me quieren meter en cana, no puedo estar en cana.

Me faltan 400 kilómetros nada más, es un ratito, ya hice todo. Que me tomen la fiebre, que me metan el coso en la nariz, no me importa, quiero que usted me deje ir a mi casa. Hay tanto delincuente, tanto violento, tanto estafador dando vueltas, cada inútil arruinando todo, que yo sólo quiero estar con mi mamá.

El señor que ve ahí afuera dice que es mi marido. Lo conocí hace unos días porque me enteré que venía para este lado, me dijo que tenía permiso, que el auto podía pasar y acá me ve. Hace desde ayer que no me deja tomar agua, ni un mate, ni comer un criollo, porque el auto se ensucia dice él. Me tengo que hacer pasar como la esposa del tipo este, pero me da un asco, tengo miedo de quedar tirada en el medio del desierto, y me las tengo que bancar, dicen.

Quién me manda, me pueden decir. ¡¿Quién me manda?! La necesidad señor juez, quiero irme a mi casa.

Daniela Bilche

La pasión de vivir

Nostalgia con tintes nobles,
por magia de edén perdido,
endulzaba los latidos
por himno en el río Tormes...
tras brotes de un sol dormido
su brillo alumbró a la noche
tentado en romper barrotes
en cárcel de un cruel destino.

Ilusión pidió en camino
a la providencia que obre
con el néctar de las flores
perfumando al lazarillo,
por brújula del cariño
en odas tras fuego de hombre...
guardando en párpados pobres
el oro en sueños de niño.

Aurora rompió cadenas
con brazos del nuevo día,
tras motín de rebeldía,
calzando en pies de bohemia
el orgullo bajo estrellas
que dió valor a la vida;
con huellas de amor nacía
su lucha en esta pandemia.

Empezó a vender barbijos,
pero en alas del presente,
se hirió su espíritu fuerte
con brisas que no predijo...
bajo fe en el crucifijo,
vio como insultó un creyente
ansiandolé mala suerte
por su vestir desprolijo.

Pincel con triste inocencia
perdió colores del cielo...
con decepción empuño egos
tras sombras de la apariencia.
Se untó con la primavera,
pero solo encontró en velos
pulidos en el infierno,
semillas para sus penas.

Un hombre frente a su senda
vanagloriando su cargo,
con migajas de un milagro

en vísperas de tragedia,
cultivando las blasfemias
le ofreció un nuevo trabajo....
culparlo buscó en atajo,
de contagiar la pandemia.

Humillado tras agravios,
constancia, tejió en su piel
a la ilusión del ayer
para que guíe sus pasos
y no se rinda en ocaso,
para en derrota aprender.
A orillas de amanecer
del mundo quiso un abrazo

Él volvió a su tierno nido,
y de rodillas en ruego,
sintió la pasión del fuego
en antorcha de latidos...
luz en música del río
cabalgaba en su reflejo,
por lágrimas en espejo,
retó de nuevo al destino.

Distancia lo tuvo iléso
de contagiarse a si mismo,
de virus del egoísmo
con su jarabe en desprecio...
él no detuvo su esfuerzo
de luchar aún herido,
su sangre con paz se ha ungido,
al saber del alma, precio.

Barajando amor apuesta
a su corazón sensible
bajo esa raíz humilde
en su tierna alma modesta,
mientras en sendero presta
inspiración, que percibe,
ser feliz y un día libre
en esta aventura incierta.

Consiguió un trabajo digno
al saludar con el codo,
a mujer que vio en él todo
y trajo suerte consigo...
su hogar hicieron con hijos.
Tras largas noches de insomnio
con la emoción en sus ojos
Lázaro lo ha conseguido.

Su honor de buena persona,
en partitura de vida,
con la dulce melodía
de su magia soñadora,
tras los guiños de la aurora
al cielo brinda sonrisa...
y hamacando una caricia
ir tras los sueños, pregona.

Miguel Juárez

**Lazarillo
en tiempos
de pandemia**



I.E.S. "Simón Bolívar"
Literatura Española 2020 TM
Córdoba, Argentina